



JULIO PODER

Esclava
DOMÉSTICA

TOMADA A LA FUERZA
Y ENAMORADA DE SU SECUESTRAADOR



ESCLAVA DOMÉSTICA

Tomada a la Fuerza y Enamorada de su Secuestrador



Por Julio Poder

© Julio Poder 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Julio Poder.

Primera Edición.

A todas las muñecas que me tejieron

1

Negro.

Negro y azul.

Es lo único que recuerdo del momento de mi captura.

Suena una alarma y un plato de comida aparece frente a los barrotes dorados que conforman mi celda.

Demasiado temerosa para confiarme de ella, decido no comerla.

Pero solo basta un par de días para que el hambre me arrastre a tomarla, sin importarme que pudiera significar o causarme.

El hambre que siento ha sido zaceada, y mi cuerpo comienza a sentirse recompuesto después de los días pesados que he vivido.

Muy rápido para cantar victoria.

Las náuseas se apoderan ahora de mi estómago y la bilis se me aglomera hasta lo alto de la garganta, al minuto siguiente el diminuto espacio en el que estoy ha sido cubierto por una fina capa de vómito.

Rayos.

* * * *

Me miro al espejo e inspecciono mi aspecto, debo de estar perfecta para esta entrevista de trabajo —corrijo, *tengo que*.

El sol apenas comienza a salir y mi desayuno está hirviendo, pero no tengo tiempo para esperar a que baje su temperatura.

Debí despertarme más temprano, ahora estoy en una batalla contra reloj antes de quedar atascada en el tráfico. Y una impuntualidad podría costarme el empleo. Simplemente no puedo permitírmelo.

Dedico una rápida vista a mi entorno y decido tirar mi desayuno a Katty, mi pequeña gata. Al menos ella lo disfrutará más que yo.

Tomo con premura mi bolso, mi maletín y antes de darme cuenta estoy encendiendo el motor de mi coche. Robo un par de segundos del tiempo que dispongo y ruego a Dios por obtener esta única oportunidad.

Nunca he sido una mujer de fe, pero un poco de ayuda extra no vendría mal. Por alguna extraña razón la mayoría del tiempo rezar una pequeña plegaria disminuía en gran medida el manojito de nervios que solían atacarme.

Pero el tiempo no se detiene ni con una alabanza al señor de los cielos.

Maldigo para mí misma y comienzo mi camino adentrándome en la solitaria autopista.

Al menos el universo había decidido concederme esta pequeña batalla.

O quizás solo me preparaba para lo que se venía sobre mí.

* * * *

Una vez llegué al lugar en el que tendría lugar la entrevista, no pude sino quedarme boquiabierto ante la gran arquitectura moderna que se mostraba frente a mí.

Una alta edificación cubierta por pequeños ventanales celestes que reflejaban las nubes del cielo, y tu vista se perdía al intentar encontrar su final.

Me encontraba anonadada ante la grandeza del edificio —era simplemente una exquisitez arquitectónica. Llegaba a ser incluso intimidatorio estar frente a él.

Tragué saliva instintivamente, cargándome de valor, y me obligué a entrar.

El tacón de punta de mis tacones resonaba en el fino suelo de granito pero parecía perderse entre el bullicio de sonidos que albergaban el vestíbulo.

Por su decoración, parecía que estabas en la consulta de un médico pago: sillones oscuros flanqueando una mesa de cristal con un bonito jarrón con flores amarillas. No me extrañaría que esos colores estuvieran pensados para que combinaran en perfecta sintonía.

Me acerqué al mostrador donde se hallaba una joven delgada —con una larga y lacia cabellera rubia— posicionada detrás de un tope de mármol de la recepción,

—Buenos días, disculpe tengo una entrevista de trabajo con el Señor Di Castro y no sé bien a donde dirigirme.

La joven se levantó sonriente y antes de darme cuenta estaba dentro del ascensor dirigiéndome hacia la presidencia de la compañía.

Entonces una nueva chica, con el mismo aspecto pulcro y elegante, me recibió con absoluta naturalidad, tomando mis datos. Tras sonreírme con amabilidad, señaló la puerta a la que debía tocar.

Un hombre elegante y sereno, me abrió la puerta. Era alto, como de metro noventa, y delgado, con unos grandes ojos verdes que resultaban intimidantes cuando te observaban. Pero por encima de todo eso, era un hombre verdaderamente apuesto. De aquella forma que te hace sentir atraída enigmáticamente, tenía una belleza desconcertante, fuera de lo común. Algo en él reflejaba peligro. Un mínimo rastro de barba cubría su mandíbula bañada en tenues colores cobrizos, sin dejar de otorgarle aquella elegancia tan suya.

Me sonrió y me extendió su mano, invitándome a pasar. Le devolví una pequeña sonrisa avergonzada pensando que me había pillado reflexionando entre su buen aspecto y mi repentino enamoramiento.

Una vez dentro, él tomo lugar detrás de su gran escritorio y yo me senté en una de las poltronas de cuero frente a él. Estaba nerviosa, había ensayado este escenario incontables veces en mi cabeza y ahora estaba allí petrificada.

Se recostó sobre su asiento y cruzó los dedos sin dejar de observarme.

El silencio prolongado comenzaba a hacerse incomodo entre ambos, mientras mi mirada divagaba entre sus ojos y el suelo, esperando que él comenzase la entrevista; hasta que por fin habló.

—¿No me recuerdas? —preguntó él con cierta incredibilidad en su voz, escudriñando mi mirada.

Negué con la cabeza, después de estudiar detenidamente un par de segundos su rostro tratando de recordar si nos conocíamos de algún lugar, lo que fue en vano.

Era casi imposible, tomando en cuenta que vivíamos en ciudades diferentes, teníamos ciento cincuenta y cinco kilómetros de distancia y todo el camino laboral que había recorrido hasta entonces habían sido mis pasantías y trabajos informales de niñera.

Su expresión cambió repentinamente y lucía ahora confundido; dio un rápido vistazo a mi hoja de presentación y vaciló un tanto hasta que por fin habló.

—Discúlpame Victoria, he de haberte confundido con otra persona —intervino él, de quien todavía no sabía su nombre pues no se había presentado. Para mí este hombre seguía siendo un completo extraño—. Tu rostro se me

parece mucho al de una vieja amiga.

Le tendí la mano para presentarme formalmente y dejar atrás aquella confusión que sólo resultaba penosa para ambos. Una parte de mí deseaba ser aquella mujer que él esperaba.

—Victoria Bodigton, un placer —dije, reincorporándome en mi postura. En verdad necesitaba que aquella entrevista retomara su buen curso.

—Alessandro Di Castro, el gusto es mío —respondió apretando mi mano—. Adelante, háblame de ti. Se ha pautado este encuentro con el objetivo de conocerte.

Y me sonrió como nunca antes alguien lo había hecho. No una sonrisa cualquiera, una diferente, una sonrisa oscura pudiendo esconder infinidad de secretos.

Era un caballero cuya belleza terminaba siendo indiscutible y era imposible no sentirse atraída por él. Me pregunte cuantas señoritas se habrían encontrado en mi situación y no pude evitar sonrojarme al instante.

Traté de recordar mi pequeño discurso ensayado. Me había preparado exactamente para esta pregunta pero fue como si nada. No había ni rastro de ello en mi memoria y sabía que el señor Di Castro, estaba comenzando a impacientarse.

Así que solo me permití dejar que fluyera, confiando en obtener un buen resultado.

Y vaya que así fue.

Una semana más tarde, recibí una llamada dándome la bienvenida a la compañía manufacturera, Reggits.

Había conseguido el puesto como directora ejecutiva.

Simplemente era asombroso. No podía creérmelo.

Trabajaba de cinco a seis días de la semana, y desde muy temprano hasta muy tarde, con un gran peso de responsabilidad sobre mis hombros.

Pero tenía una gran y bonita oficina en la gran torre La Castellana, donde había tenido lugar mi entrevista, y con una espléndida vista panorámica de la ciudad. Aparte de todo eso el salario era muy bueno, nada comparado con el anterior.

Simplemente disfrutaba mi trabajo, y me sentía a gusto. A diferencia de lo mucho que otras personas pueden llegar a odiar sus trabajos. Lo único malo de todo esto, era la incontrolable atracción que sentía por mi jefe, sin embargo hacia un gran esfuerzo mostrándome indiferente y manteniendo nuestra relación laboral al límite.

—Buen día a todos —su voz resonó por lo largo del pasillo—. Bodigton, necesito que hablemos. En mi oficina, en cinco.

Cosa que era casi imposible.

Si tan solo esas pequeñas reuniones no sucedieran con tanta naturalidad, quizás podría controlar mi enamoramiento y claro estaría asustada. Pero estaba comenzando a acostumbrarme. Por lo general se trataba de algo que necesitaba hacerse con urgencia y él confiaba en mí para conseguirlo.

Aquellas reuniones sucedían con mucha más constancia de la que podría estar dispuesta a soportar.

* * * *

Había llegado muy temprano a la oficina, me sentía muy intranquilo y sabía muy bien por qué. No había podido conciliar el sueño en toda la noche debido a la ola de pensamientos que invadía mi cabeza.

Si tan solo Angélica se enterase de que estaba teniendo dudas acerca de nuestro compromiso quedaría devastada. Jamás podría hacerle eso.

Después de todos estos años, ella ha sido muy paciente. Supo por años que no estaba listo para sentar cabeza, y ella soportó todo con la frente en alto. Verdaderamente me sentía afortunado de tenerla en mi vida.

Pero todo se complicó cuando mis ojos se encontraron por primera vez con los de Victoria. Era increíblemente guapa; piel pálida y tersa, labios carnosos, nariz perfecta y unos ojos deslumbrantes. Capaces de iluminar toda la habitación. Tenía el cabello muy largo y liso, de un castaño más claro que oscuro. Tenía un cuerpo escultural, con unas curvas imposibles de ocultar bajo su ropa.

En mi vida había tenido el privilegio de observar unos ojos de ese tono entre verdoso y color miel. Pertenecían a un viejo amor de mi adolescencia y por un segundo al verla me sentí esperanzado de haberla conseguido de nuevo.

Pesé a que no fue así, el efecto que causó en mí fue incluso más fuerte que cualquiera mujer que hubiese podido conocer antes.

Sería mucho más sencillo, si tan solo no estuviera presente en todos mis días. Era una verdadera locura.

—Quería verme —dijo, al paso en que cerraba la puerta tras de sí.

Allí estaba, con sus mejillas suavemente sonrojadas y sus grandes ojos color miel observándome con precisión, mientras el aroma de su perfume se encargaba de impregnar de una forma única toda mi oficina cuando entraba —logrando desconcentrarme al punto en que había olvidado para que la había citado.

—¿Qué harías tú si quieres deshacerte de uno de tus trabajadores, pero él se niega a hacerlo? —pregunté, deseoso de saber su respuesta.

Victoria quedó sorprendida por aquella suposición, se detuvo un segundo a pensar y contestó.

—No creo que sea la persona adecuada para responder a eso.

—Justo por eso te he pedido que vinieras —repliqué—. Debes de saber qué hacer en cualquier situación, así que deberás encargarte del caso de Erika Milton.

Su mandíbula se tensó y sus mejillas aumentaban cada vez más su rojez. Sabía que la tomaría por sorpresa, pero nunca pensé que le pudiese llegar a disgustar.

—Solicita el expediente a Mercedes en cuanto salgas de aquí. Debes comenzar a familiarizarte con él cuanto antes —concluí.

—No creo que pueda obtener los resultados que espera —contestó cruzándose de brazos.

—Deberías tenerte más fe, Victoria —respondí, antes de que una llamada telefónica nos interrumpiera.

Al notar que aquella llamada me tomaría un largo tiempo, le hice una seña para que se retirase.

No quería tenerla allí perdiendo el tiempo observándome hablar por teléfono, junto con una mirada acompañada de furia.

* * * *

Ahuequé mi largo cabello y lo coloqué a un lado. Cogí mi bolso, mientras el gélido frío del aire acondicionado me abrigaba. Eché un rápido vistazo a mi entorno, apagué la pantalla de mi computador y salí de mi oficina con paso firme y sonoro.

Eran casi las diez de la noche, y solo podía pensar en las horas de sueño

que necesitaría reponer el fin de semana. Hacía cinco horas debía haber estado en mi pequeño departamento, y en ese mismo instante hubiera estado disfrutando mi merecido descanso.

Pero debí quedarme reuniendo información sobre una infernal trabajadora que no tenía intenciones de negociar su despido —*un divertido plan de viernes por la noche*.

Al llegar al ascensor, eché un vistazo hacia atrás y agradecí que mi oficina estuviera en el pasillo principal. Si no, necesitaría un mapa para poder salir todos los días de aquel laberinto de puertas y corredores.

Justo cuando llegué al vestíbulo, tuve que hacer memoria para recordar que el despacho de Alessandro había quedado iluminado —*debió haber olvidado bajar el interruptor*.

Me encaminé hacia allá.

Cuando el ascensor abrió de nuevo sus puertas en el penúltimo piso, para mi sorpresa me encontré frente a él.

—¿Has olvidado algo? —preguntó mirándome a los ojos, con ambas manos metidas en sus bolsillos.

Fruncí los labios y le miré desafiante. Sabía que mis ojos podían actuar como un huracán devastador, y que eso ocurría la mayoría de las veces. Por su culpa había tenido que trabajar no sé cuántas horas fuera de mi jornada.

—He vuelto para apagar la luz de su despacho. No sabía que estaba aquí.

—Bueno, ya ves, estoy aquí y la luz ha sido apagada. En ese caso, ya es hora de irnos —respondió con una sonrisa complacida en su rostro—. ¿Por qué no vamos a cenar esta noche? has trabajado como una loca, te lo mereces.

Se introdujo dentro del ascensor dándome la espalda, y unos segundos después las puertas ya estaban cerradas y nuestro descenso en marcha.

Alessandro era el sueño de toda mujer, claro que sí incluso de los míos y él parecía saberlo.

Un hombre apuesto, sencillo, exitoso pero todo un mujeriego como era de esperarse. No había tardado en conocer la fama que se gastaba en toda la compañía, pero la sola visión de sus hombros ya incitaba a fantasear.

—En realidad, ya es tarde. Debería irme a casa —susurré, mordiendo mi labio inferior.

—A veces lo que debemos hacer, no se acerca a lo que queremos hacer. Y entonces hay que decidir. ¿Qué decides tú, Victoria?

Él me miró por encima de su hombro y me sonrió de una forma tan sensual que por un momento me quedé embobada mirando su boca. Reaccioné

enseguida poniendo cara de asco para disimular pero él lo notó, haciendo su sonrisa más amplia.

Estaba en aprietos.

* * * *

—Que tenga un buen fin de semana —masculló ella, con aquellos labios carnosos enrojecidos.

Salió a toda prisa del ascensor, contoneando sus caderas en su caminata.

Estaba comenzando a divertirme.

Victoria estaba siendo un hueso duro de roer.

Ella lo deseaba tanto como yo, pero estaba demasiado asustada como para intentarlo. Así que tendría que esforzarme aún más, ni modo.

Un rato después, me encontraba delante de las largas y morenas piernas de Angélica apoyadas en el taburete de mi cocina, recibíendome una vez crucé la entrada de mi casa. Ella me lanzó una mirada burlona de lo más significativa. Minutos antes habíamos estado discutiendo sobre las probabilidades que tenía de encontrarse embarazada —*disfrutaba barajear con mi futuro*.

Solo existían dos opciones: la primera era que podía ser que apareciera por casualidad o, al menos, eso me haría creer; la segunda, que se presentara en mi casa de improviso con una vestimenta demasiado ceñida a su figura y dispuesta a cualquier cosa para conseguir algo. Exactamente qué, no lo sé. Yo no esperaba ninguna de las dos y comenzaba a decantarme por la segunda opción.

Pero ahí estaba ella, dejando que sus caderas se dibujaran provocativas bajo una corta falda azul, observando expectante mi reacción, que no fue otra que mirarla de arriba abajo.

Tengo que admitir que su cuerpo era increíble, y que aquellas piernas no eran aptas para menores de edad, pero sabía que todas esas sensaciones un tanto libidinosas se desvanecerían en el momento en que abriese la boca.

Me deshice de mi corbata mientras Angélica me observaba de soslayo. Se acercó a mí lentamente y comenzó a desabotonar los botones de mi camisa, juguetona, tenía un claro objetivo.

Su sonrisa burlona me molestó bastante. Pero aquello quedó atrás en el

momento en el que comenzó a plantar suaves y húmedos besos en mi cuello.

Se aferró con más fuerza a mí y no pude evitar apretarla entre mis brazos, ansioso. Angélica sabía cómo descontrolarme con facilidad y supo provocar esa situación para no dejarme escapar.

Recorrimos enganchados cada rincón de la sala hasta que llegamos al comedor. Ella conocía bien el lugar y sabía por dónde guiarme; afortunadamente tuve tiempo de ver que sus intenciones eran subir a mi habitación y pude impedirlo.

La senté sobre la mesa y desabroché mi pantalón sin dejar de besarla. Acaricié sus muslos mientras su respiración desbocada recorría mi cuello. Ella clavaba suavemente sus uñas en mi espalda, atrayéndome aún más hasta ella. Mis besos se alejaron de sus labios, los deslicé por su cuello, por su clavícula... y por su vientre antes de volver a subir; sabía que aquello la volvería loca. Efectivamente, soltó un ligero gemido, y yo sonreí levemente escondiéndome tras su ondulado cabello negro.

De repente, el timbre de mi móvil comenzó a sonar en el bolsillo de mi saco. Me detuve e intenté alejarme de Angélica para cogerlo, pero ella tiró de mí con furia.

—No es el mejor momento, Alessandro —masculló, intentando retenerme con las piernas.

Suspiré, y tras zafarme miré la pantalla del móvil para devolver la llamada a mi hermana menor, con quien nunca me había llevado bien.

—¡Que maldita costumbre! —escuché el grito de Angélica, mientras esperaba que Elena contestase.

—A ver si te enteras, Angélica. No eres nadie para controlarme —respondí entre dientes, marcando distancia entre nuestros cuerpos.

Me miró encolerizada.

—Eres todo un cabrón —masculló alejándose de mí, añadiendo algo que no pude oír bien.

Restregué mis manos contra mi rostro con frustración. No me importaba que se enfadara; segundos antes, parecía todo lo contrario —*sabía que se le terminaría pasando, como siempre*. Pero aquella despedida dramática significaba que pasaría la noche en mi cama y yo tendría que dormir en el sofá.

—Alessandro —escuché el saludo familiar de mi hermana—. Supuse que estabas ocupado.

—¿Qué has conseguido? —pregunté inquisitivamente.

Mi buen humor había desaparecido tiempo atrás.

—Aun nada, es muy pronto —contestó con indiferencia.

—Si has llamado es porque algo has descubierto, te conozco —estaba impaciente. Definitivamente Angélica había logrado desconcentrarme—. Habla, Elena.

La escuché reír, mientras su alma se llenaba de gozo. Le divertía que la necesitase, y sabía que la paciencia no era una de mis virtudes.

—No fue tan sencillo, hermanito —dijo ella—. ¿Por qué ésta chica es tan especial? Aún no logro entender.

—Créeme que ni yo mismo he podido.

—Bien. Veámonos y te daré lo que quieres —podía visualizarla sonriendo maliciosamente—. Por alguna vez en tu vida podrías querer ver a tu familia desinteresadamente.

—En algo estamos de acuerdo. Mañana al medio día, en el café frente a la compañía —dije secamente—. ¿Necesitas que te busque?

—Me las arreglaré yo sola. Adiós —colgó el teléfono de inmediato, sin siquiera dejarme despedir.

Pasé el resto de la noche recordando las dulces expresiones de Victoria. Pero, ¿por qué? ¿Por qué ella? ¿Se debía a su increíble parecido con mi pasado? No sabía que es lo que esperaba conseguir de aquella mujer que parecía una monja de tan inocente que se veía. O quizás solo era pura apariencia. No, definitivamente a mí me gustaban las más osadas y atrevidas.

—¡Estoy loco! —pensé en voz alta—. ¿Por qué no me la puedo sacar de la cabeza?

Una mujer que no era más que otra trabajadora de la compañía, y no sabía nada de ella. Ni siquiera si era soltera o estaba comprometida, al igual que yo... pero muy dentro de mí rogaba que no fuera así.

Debatiéndome entre Angélica y Victoria, concilié el sueño sin darme cuenta para pasar la noche entera soñando con la última de ellas y despertarme entonces con un hambre voraz de su cuerpo.

* * * *

Suspiré y reacomodé unos cuantos cabellos rebeldes que escapaban de mi coleta, cada pequeño músculo de mi cuerpo se encontraba tenso, cuando

observé que el señor Di Castro me miraba sonriente, bajándose de su lujoso coche.

—Deja de retocarte, deberías saber que estás estupenda —me dijo, al paso en que abría la puerta de cristal para ambos.

Por un segundo olvidé todo y me relajé al escuchar su voz. Le miré resoplando. Aquellos cumplidos no me los podía hacer una persona con sus características. Terminaría enamorándome de él.

Pesé a conocer el peligro que corría, no podría detener mis sentimientos por mucho tiempo.

Se marchó cuando mi móvil comenzó a sonar. Abrí mi bolso aprisa y encontré el nombre de mi madre parpadeando en el centro de la pantalla. Descolgué acelerada.

Desde hacía dos noches mi padre se encontraba en estado crítico de salud y había sido internado en la UCI con pocas probabilidades de sobrevivir, así que cualquier pequeña llamada me encrespaba.

—Solo te llamaba para desearte un buen día querida... —concluyó así mi madre, esforzándose por tranquilizarme.

Pero era demasiado tarde, aun podía sentir el corazón latiendo fuertemente contra mi pecho.

—Pero ya sabes lo delicado que se encuentra tu padre, a él le gustaría que estuvieras aquí —comentó mi madre.

—Mamá... sabes bien que este trabajo es muy importante y no puedo permitirme perderlo. Espero que tú y papá logren entender.

Decidí enfocarme en mis actividades diarias, tratando de combatir el sentimiento de culpabilidad que comenzaba a asfixiarme. Pero que al mismo tiempo me impulsaba a trabajar con muchísima más adrenalina.

En poco tiempo había culminado de estudiar el caso de la empleada complicada y había planteado mi estrategia a utilizar; solo necesitaba el visto bueno del señor Di Castro para culminar.

* * * *

La mañana transcurría interminablemente para mí, hasta que escuché su voz saludar a mi secretaria y me sentí repentinamente impaciente.

¿Qué diablos estaba pasando conmigo? Ella no era una de las chicas a las que estaba acostumbrado. Pero, ¿y entonces?

—Señor Di Castro —dijo ella antes de entrar.

La puerta estaba abierta así que no tuvo que tocar.

Me volteé con aparente sorpresa, por muy falsa que fuera al ya saber que vendría. Al verla deseé salir corriendo de mi propia oficina. Estaba muy pero muy atractiva, con una corta y ceñida falda gris plomo y su cabello recogido en una alta cola de caballo.

—Definitivamente te estás buscando problemas chica —pensé en voz alta sin darme cuenta.

—¿Perdón? —preguntó ella.

Negué con la cabeza instintivamente y no pude evitar soltar una risilla — casi había sido pillado. La invité a entrar con un gesto despreocupado y ella dio un par de pasos al frente.

—El informe sobre el caso de la trabajadora está listo, solo espera por usted para su aprobación —dijo como toda una profesional.

—Bien —respondí ausente. Mi vista se encontraba viajando por sus piernas y me era imposible concentrarme—. Déjasele a Merci junto con el expediente y en cuanto tenga tiempo lo leeré.

* * * *

Tomé asiento en la cafetería con un café entre las manos, esperando que sirviera para relajarme. Angélica había estado jodiéndome las tres primeras horas y mucho me temía que insistiría en las tres próximas.

Necesitaba que Elena fuese puntual por una vez en su vida para acabar con esto de una buena vez.

De repente comenzaba a sentir la imperiosa necesidad de contarle a alguien lo que me estaba sucediendo inusualmente con aquella mujer.

Restregué mi cara contra mis manos, con una jaqueca que amenazaba con explotar mi cerebro. Al levantar de nuevo la vista, con lo único que me encontré fue con Victoria, atravesando aquella puerta de cristal.

—¡Alessandro! —la voz de mi hermana resonó en todo el salón. No me dio tiempo ni a reaccionar cuando ya la tenía presionando mi cuerpo con

fuerza. Comenzó a gritar mi nombre y a dar saltos. Varias personas nos miraban sorprendidas, pero no era de extrañar, pues parecía una histérica sin pudor alguno.

Entonces Victoria volteó para presenciar aquel teatro, como otra espectadora más, y me sonrió amablemente cuando nuestros ojos se encontraron.

—¿Cómo estás? —preguntó mi hermana, separándose un poco de mí para verme a los ojos.

—Algo confundido —me escuché decir, sin poder detener mis palabras.

—Mi hermanito, ¿confundido? ¡NO! ¡Imposible! —se reía irónicamente y se acercaba a mí con modales maternos.

—Me gusta verte por fin —casi sonó a excusa, pero sonreí, en verdad estaba feliz de verla.

—¡Alessandro! —volvió a gritar aferrándose a mi cuello.

—¡Elena! —la abracé, y volví a oler aquel aroma fresco a limón y jazmín —. Joder, la espera se me ha hecho eterna. ¿Tú sabes lo que me has hecho pasar?

—No hace falta que me lo jures. No veía la hora de verte, solo han sido un par de minutos, no te quejes.

Percibí un extraño cambio de apariencia en ella. Tenía el cabello igual de largo, pero lo llevaba de una manera mucho más despreocupado a lo que estaba acostumbrado, con unas suaves mechas casi blancas sobre su rubia melena. Lo que hacía que el azul de sus ojos fuera más intenso.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —pregunté tras examinarla.

Ella rio inclinando la cabeza hacia atrás.

—¿No te gusta?

—No es mi estilo, pero a ti te queda genial —le dije con aprecio. No podía dejar de observarla después de tanto tiempo, parecía una mujer completamente distinta.

Vestía de una forma más urbana, aunque resultaba sensual y muy femenina. Se le notaba una personalidad fuerte y resolutiva, con seguridad en sí misma... sin duda una anomalía de su personalidad. Su tono de voz, tan cálido, parecido al de nuestra madre, siempre me tranquilizaba.

—Entonces, por primera vez en la historia, me has dicho que te sientes confundido —dijo al paso que tomaba lugar frente a mí, y se deshacía de su abrigo.

Examiné por un momento mi alrededor —no había ni rastro de Victoria. Se

había ido.

—Déjame decir que estoy sorprendida, siempre has sido un hombre que parece tener muy claro a dónde quiere ir.

—Y lo soy Elena, pero te juro que esto me tiene tan desconcertado como a ti. Ha visto toda la escena que has montado.

—¿Y qué? La vi marcharse casi de inmediato con un mochaccino espresso.

Acto seguido, Elena sacó de su mochila una pequeña carpeta roja con todo tipo de datos de Victoria —desde su formación académica, registros de salud de toda su vida, su dirección y fotos del pequeño departamento en el que vivía junto con su gata. Datos de sus padres —provenía de una pequeña familia y desde muy temprana edad se había independizado de ellos. Incluso fotografías de su adolescencia, riendo y divirtiéndose con amigas.

Escuchaba y observaba pacientemente todos los datos importantes que Elena consideró debía explicarme, pero para mí era demasiado tarde. No era suficiente.

Deseaba saber más. Deseaba conocer toda su historia. Todos los vacíos que Elena había conseguido necesitaba rellenarlos.

—¡Hey! ¡Te estoy hablando! ¿Qué sucede? —preguntó molesta, al ver que mi atención divagaba.

Elena estudió mis ojos, y suspiró. Sospechaba de mi admiración, o algo más que eso, por aquella muchacha tímida de ojos color miel.

—Nada, en realidad tengo que irme. Debo de ir a ver a Angélica —dije levantándome.

—¿Angélica? ¿Aún sigues saliendo con esa lunática? —Elena no podía creer lo que ella misma se preguntaba.

—En realidad estamos comprometidos...

—Esta vez en verdad comenzaré a dudar de tu cordura, Alessandro. No sé entonces para que me has pedido este favor —estaba ardiendo de ira. Si algo en verdad sacaba de sus casillas a mi hermana era sentirse usada—. Será mejor que organices tus propios asuntos antes de llamarme de nuevo.

Pero era muy tarde para responderle, ya había puesto en marcha mi salida.

Era más de la una de la madrugada. Todos dormían, ajenos a que yo recorría mi habitación de lado a lado, ansioso por la llegada de Angélica.

Tuve que esperar toda la maldita noche a que su maldito vuelo aterrizara, pero eso no me preocupaba. Por lo que sí estaba preocupado era por la tardanza. No estaba seguro de que hubiera leído el mensaje y ya no podía comunicarme con ella hasta que aterrizase.

Necesitaba hablar con ella esa misma noche o nunca lo haría.

Por fin tenía claro lo que debía hacer.

Entonces escuché unos pasos. Me dirigí aprisa hasta la puerta de mi terraza y le vi abriendo la puerta. Baje deprisa, y ella me cogió de la camisa empujándome dentro. Me besó entre empujón y empujón mientras cerraba la puerta.

La aparté y la contemplé titubeante. Tenía una sola cosa para decir y no estaba seguro de que ella pudiera entenderlo.

—Quiero terminar —solté a bocajarro.

Su rostro se heló, palideció de golpe mientras me observaba tragando saliva. Sabía que había sido brusco, pero buscaba esa reacción en ella para cerciorarme de que estaba metido hasta el cuello. Y desde luego, así era.

—¿Qué es lo que acabas de decir? —preguntó echándose con una mano el cabello para atrás.

Asentí y le cogí la mano.

—Necesito que me entregues la llave.

Todo lo que pasó después no fue sino un torbellino de arrebatos, puñetazos y destrozos en mi casa. Sabía que algo así pasaría. Y conociendo tan bien a Angélica como lo hacía, sabía que era señal de que había captado muy bien el mensaje. Simplemente tuve que sentarme y ser considerablemente paciente para no asesinarla —en cuanto se le pasase podríamos continuar.

Dos horas después, los gritos cesaron y en su lugar apareció entonces un pequeño sollozo. Le seguí el rastro hasta la terraza y allí estaba Angélica, con todo su maquillaje corrido, sentada en el suelo como una pequeña niña.

La vi desde el cristal; cabizbaja y pensativa. Por un instante, no parecía la chica pedante y engreída. Más bien se veía perdida y afligida.

Había dos razones por las que me había comportado de aquel modo. La

primera era que estaba harto de estar allí; y la segunda, no tenía fuerzas para pelear con ella.

—¿Estás bien? —pregunté. Era la primera vez que me preocupaba por ella.

Se sobresaltó al escucharme y enseguida eliminó las lágrimas de su rostro.

—Como si a ti te importara —susurró.

—Vaya, por una vez intento ser amable... —Me acerqué hasta ella—. Vamos, estarás bien. No es el fin del mundo, eres Angélica Monterrano.

—¿Hay alguien más? —me preguntó con recelo.

Nunca antes me había preguntado algo siquiera parecido, aunque sabía que en un par de ocasiones había despertado con otra en la cama.

Así que simplemente asentí. Lo menos que podía darle al final era sinceridad.

Me miró entre enfadada y desilusionada.

—¿Esa es tu forma de ser amable? —respiró profundamente y se colocó frente a mí—. Apuesto que esa zorra fue más que amable contigo.

—Basta, Angélica. Déjame tranquilo de una vez. Ya me he cansado de este juego inútil y sin fundamento. Y sé que a ti también te aburre. Solo era cuestión de tiempo que terminásemos esto, mejor hacerlo de una buena vez —rematé con un tono seco y bajo, pero cargado de decisión.

Se puso de pie y me dio una buena cachetada, dejándome descolocado. Pero era algo tan típico de ella que no debió sorprenderme.

Acto seguido tomó su maleta y salió por la gran puerta de madera, cerrándola de un portazo.

Pero ya estaba.

Después de todo, se había zanjado lo que yo había intentado cerrar desde hacía tanto tiempo. No me gustó que fuera esa última charla la que tuviera ese aroma a final. Tuve buenas intenciones, había intentado ser amable, pero todo había acabado.

Ahora, por fin, nada se interpondría entre Victoria y yo.

* * * *

Nunca me había disgustado ir a trabajar —eso pasa cuando eres bueno en

lo que haces —pero aquel día se me hizo más difícil que nunca.

El insomnio me carcomía junto a los recuerdos del dulce rostro de Victoria convirtiéndose en una tortura perpetua.

Estaba decidido a esquivarla. En la oficina me mantendría distante, ni siquiera la miraría —al menos hasta que planease como acercarme a él.

Lo peor de todo es que esa distancia se reduciría a nada en cuanto llegara la hora de la verdad. Tenía que cumplir con una presentación suya, así que durante media hora estaría sentado a mi lado.

Y todo se iría al caño.

Negué con la cabeza, intentando disipar mis pensamientos. No quería que Victoria estuviera en ellos, no quería que se adueñase a ellos.

Solo deseaba que desapareciera esa ardiente quemazón que me producía. No quería que una desconocida me enloqueciera pero, hasta ese momento, lo estaba logrando.

Victoria rondaba una y otra vez a mi cabeza como una interminable condena.

* * * *

Trotaba cuesta arriba por una calle poco transitada, pero habitada. Las luces de las casas aún estaban apagadas, pero era lógico, ¿quién iba a estar despierto a las cuatro de la mañana un lunes? Solo una loca como yo que necesitaba estirar sus músculos antes de que comenzara el día.

Pasé junto a una señora de edad que recogía el periódico diario. Le sonreí, y ella gesticuló algo que no fui capaz de oír. Tal vez porque llevaba los auriculares puestos, o quizá fuera un poco sorda, pero el caso es que no me había dado cuenta que hacía tres manzanas había dejado el vecindario atrás.

Detuve el paso y miré a mí alrededor algo desesperada, pues no reconocía el lugar.

Me encogí de hombros y decidí dar la vuelta justo en el momento en que se oyó el sonido de una puerta cerrarse desde fuera.

Justo antes de que pudiese darme cuenta, sentí a alguien encima de mí.

—¿Qué? ¡No! —grité, al paso en que comencé a lanzar patadas.

Rogaba que alguien me escuchase, que alguien me ayudara.

Entonces una mano me tomaba la boca por detrás impidiéndome seguir gritando, con un pañuelo que llevaba un fuerte olor, como alcohol o algo parecido.

Mientras más intentaba gritar, más aspiraba ese olor o perfume tan particular. Después de eso, no volví a ver la calle, o la luz.

Todo se volvió negro.

* * * *

Me abalancé a por Victoria, la cogí del brazo, y le tapé la boca con un pañuelo impregnado de cloroformo. El temblor de su cuerpo me hizo ver lo asustada que estaba.

Pero ella no debía temerme...

—Lo siento preciosa, pero no puedo arriesgarme a que alguien te oiga gritar —le dije mientras la llevaba dentro de mi maletero.

Observé alrededor para asegurarme de que nadie nos hubiese visto y así fue. Apenas y se escuchaba a lo lejos los maullidos de un viejo gato.

Le até las manos y las piernas con una cuerda, sintiendo un conflicto interno. No deseaba que le quedaran marcas, pero no podía dejar abierta la posibilidad de que escapase.

Respiré y seguí asegurando el amarre de ambos nudos.

Era tan pequeña que mi maletero lucía gigante para su pequeño cuerpo, tan hermosa en su profundo sueño. Definitivamente tomé la mejor decisión al hacer yo mismo este trabajo —no podría dejar esto en manos descuidadas o que otro viese su belleza. No, *es mía*.

Le coloqué el abrigo y me la eché al hombro para llevarla dentro. Por poco que quiera, debemos estar un tiempo separados. Al menos hasta que pueda entender, así que la llevo a una jaula de mi sótano donde tiempo atrás tenía mi amado jaguar.

Tendría que rediseñarla un poco, ambientarla para su comodidad, pero por lo pronto tendría lo necesario.

Instalé una pequeña cámara que me permitiese ver sus movimientos desde mi habitación y esperé pacientemente hasta que despertó. No se sentía bien, podía notar que los efectos del cloroformo aún no habían cesado.

Tenía náuseas y estaba cansada, y sus ojos se negaban a abrirse, hasta que por fin lo encontró. Enfocó la vista a su alrededor y observó la habitación en la que se encontraba. Se sobresaltó.

Hace un intento por ponerse de pie, pero sus manos y pies ceden.

Y comienza a gritar, tiene miedo.

Tiene miedo de mí... pero ella no debería temerme, después de todo, pasaremos toda nuestra vida juntos.

Te estás portando mal Victoria...

Pasarás dos días sin comida como castigo.

* * * *

Al despertar me sentí desorientada. Estaba acostada y encerrada en una especie de jaula que me hacía sentir como un ave encarcelada. Logré sentarme sobre el suelo de cemento que me encontraba.

Tenía enrojecido el borde de mis muñecas y tobillos. Y ardían, el pánico me inundó. Mi corazón latía muy rápido. Tenía tanto miedo, no entendía nada.

Grité y grité hasta que mi garganta se secó y me dolía tragar mi propia saliva. Intenté levantarme por segunda vez, pero se me hizo imposible.

Paseé mi mirada sobre el lugar intentando encontrar algo que me revelase dónde carajos me encontraba, pero solo alcancé a distinguir una mesa cerca de donde estaba, y una manta doblada a unos cuantos metros. El resto estaba demasiado oscuro —estaba sola con mis ruidosos pensamientos.

Nunca había sentido tanto miedo en mi vida, ni siquiera sabía que podía sentir tanto terror. Me sentía desesperada y el pánico comenzaba a apoderarse rápidamente de mis sentidos y mi cuerpo.

Fuerzo a mi mente tratando de recordar cómo había llegado a este lugar, pero solo conseguí un buen dolor de cabeza. Mi cuerpo y mi mente se sentían agotados. No sabía que estaba pasando y solo deseaba poder conseguir salir de allí.

Al minuto siguiente caí en un profundo sueño, lleno de pesadillas terroríficas y atemorizantes. A pesar de que el miedo de no volver a despertar nunca era mayor.

Mis miedos comenzaban a exteriorizarse y no podía despertar de mis

propios sueños. Estaba atrapada, incluso en ellos.

* * * *

—Deberías intentar comer otra vez —dijo una voz masculina.

Traté de seguir el rastro del sonido, desesperada por encontrar el origen de la voz, pero no logré hallarlo. Si miraba al techo el resplandor de la luz me cegaba y más allá de la celda solo existía oscuridad.

No sabría distinguir cuantos días hace que estoy en este lugar. Aquí siempre es oscuridad, no hay ventanas, ni rayos de sol que puedan filtrarse. Así que podrían haber pasado semanas.

Controlo mi respiración y cierro los ojos. Necesito pensar con la mente fría y sin alterarme.

—No te haré daño —volvió a hablar.

Necesito encontrar el coche parlante y la cámara, porque estaba claro que estaba siendo observada.

No sabía dónde estaba... ni cuánto tiempo habría pasado desde que estaba aquí, pero la última vez que lo había intentado acabé vomitando todos mis jugos gástricos. Si planeaban envenenarme, prefería morir de hambre.

El poco autocontrol que me quedaba lo perdí, y comencé a llorar exasperada.

No podía parar de llorar, estaba secuestrada. Estaba encerrada, en un sitio del asco, y ni siquiera sabía dónde se situaba, ni en qué ciudad, podría estar incluso en otro país y no saberlo.

—¡Joder, necesitas comer algo! —dijo la voz nuevamente. Sonaba extraña, casi computarizada.

Esta gente no quería que se supiese su identidad.

—Así solo estás consiguiendo hacerte daño a ti misma. A tu izquierda hay un grifo del que sale agua filtrada. Tú verás si la bebes o no, me voy.

Agudicé el oído por si lograba escuchar algo.

Pasos, sentía pasos encima de mí. Pasos alejarse... Eso significaba que estaba bajo tierra —*un sótano*, pensé.

Alcé la vista y observé las esquinas de la habitación, allí estaba la cámara.

Pero, aun así, no había nada que hacer. No alcanzaba a ser esperanzador

encontrar una cámara oculta.

Decidí abrir el grifo señalado, y olfateé el agua para comprobar que no llevase nada extraño. Me lavé el rostro y después de eso bebí. Se sentía como el cielo recibir agua después de tanto tiempo. No supe como no lo vi antes.

¿Entonces eso significaba que podría comer? ¿La comida estaría bien? Aún tenía mucha desconfianza para probar de nuevo. No me arriesgaría —*un paso a la vez*.

Una fina capa de mi vomito aún se encontraba a escasos metros de mí, como recordatorio constante de lo que la comida de ese lugar podía hacerme.

No había mucho que hacer. Pasaba el día entero sentada en el suelo, pensando en mi padre, preguntándome si mi madre estaría preocupada, si ya estaría despedida de mi trabajo, quien y por qué me tenía secuestrada.

Debía de ser un error, en definitiva.

Miles de preguntas en mi cabeza, y todas sin respuesta; hasta que en algún punto entre lágrimas y sollozos me quedaba dormida nuevamente.

* * * *

Observaba la iluminación del jardín de la mansión Di Castro, desde el balcón de mi habitación, y entonces una fuerte ráfaga de viento me obligó a introducir las manos en los bolsillos de mi pantalón.

Me había escabullido para aclarar mis pensamientos, pero en realidad era lo último que estaba logrando. Estaba confundido, totalmente perdido.

No dejaba de pensar en Victoria, y mi imperante necesidad de tenerla cerca.

No podía tenerla cerca, no de esta manera, pero odiaba pensar que estuviera lejos.

Ahora que estaba en casa, lo último que quería era verla, pero sabía que tendría que hacerlo tarde o temprano y eso me abrumaba.

Más que nada, deseaba que ella deseara estar conmigo.

Tragué saliva; no quería hablar con ella, pero rabiaba por escuchar su voz.

Me introduje a mi habitación nuevamente y me desplomé en la cama sabiendo que la oscuridad de mi habitación me consumiría. El silencio de la madrugada lo invadió todo y dejó vía libre a mis pensamientos.

Su nombre retumbaba en mi cabeza como si alguien me lo estuviera susurrando al oído una y otra vez. Cerré los ojos, desesperado, pero entonces vi su imagen. Parecía dibujarse entre la bruma.

Tan delicada y atractiva. Tan pálida y sensual. Deseé tenerla delante de mí. No dejaría que hablara, únicamente le pediría que me dejara observarla hasta que me venciera el sueño. Y cuando despertara...

¡¿Pero qué estoy pensando?! ¿Eres estúpido o qué? Es una locura. No puedes seguirla teniendo allí abajo como tu prisionera, me reproché.

No podía permitirme caer, no con ella. No podía... enamorarme.

Suspiré vencido por el sueño. Me quedaba poco tiempo de conciencia. Pronto mi mente sería la dueña de todo mí ser y ahí no tendría nada que hacer.

Así que me dejé llevar, convencido de que Victoria sería la protagonista de mis sueños.

* * * *

Me desperté luego de escuchar el ruido de la puerta abriéndose. Y vi una figura acercarse hacia mí, caminé hacia atrás instintivamente, pegando mi espalda contra los fríos barrotes, tratando de huir de ella.

Se detuvo frente a mí, aun oculto entre las sombras, luciendo como un fantasma, frío y sombrío.

Dio un paso hacia mí y sentí escalofríos cuando por fin lo vi.

No podía creer de quien se trataba. Tenía que ser un error, una pesadilla, una mala jugada de mi subconsciente.

—Despertaste... bonita —me dijo él. Haciendo mucho más real la sensación.

Llevaba una camisa negra arremangada hasta los codos y unos jeans desgastados. Su cabello lucía despeinado, y un rastro de barba comenzaba a poblar su quijada.

Permaneció mirándome con su mirada fría y penetrante, mientras yo seguía petrificada de miedo. Atónita.

No podía creer que se tratase de Alessandro Di Castro. Mi jefe...

Mi amor por él debería haberse evaporado en cuanto me di cuenta de ello. Sin embargo, no era así.

De repente se acercó más a los barrotes e intentó acariciarme introduciendo su mano sigilosamente. Cada pequeño músculo de mi cuerpo se encontraba helado y en respuesta estaba temblando.

—Acércate Victoria... por favor —me dijo—. No te haré daño.

—No —respondí en un sollozo ahogado, negando con mi cabeza.

Me alejé bruscamente de él, causando que se enfureciera y golpeará con una increíble fuerza la celda.

—¿Me escuchaste pedírtelo? —preguntó entre dientes—. Es una orden.

Me percaté de que llevaba un cuchillo en su mano derecha, imprimiéndole más fuerza de la necesaria para su agarre.

Tragué saliva y me aproximé hacia él sobre mis rodillas.

Acto seguido se sentó en cuclillas, de forma que quedamos casi a la misma altura. No sabía qué pasaría ahora. ¿Me mataría? *Es un asesino*, me dije a mí misma.

Seguidamente me acarició la mejilla con el dorso de su mano, y plantó un suave y cálido beso en ella.

Nunca antes me había sentido tan asqueada en mi vida. Sin pensarlo le mordí la mano en un arrebato, haciéndolo gritar de dolor.

Tiró con toda su fuerza de su brazo para sacarlo de la celda, llevándose con él mi cara y estampándola contra los duros barrotes de la misma. Lo solté.

—Eso no fue nada agradable, Victoria —dijo mientras examinaba las marcas de mis dientes en su mano—. Debe comenzar tu entrenamiento.

Después de eso se marchó con el cuchillo aún en su mano.

Traté de romper los barrotes de hierro, o escapar a través de ellos pero fue absurdo.

¿Cómo yo, una frágil mujer, iba a poder salir de todo este enrollito? *Es imposible*, me respondí con lágrimas en los ojos. No se trataba de un error el ser secuestrada —se trataba de un lunático.

Yo le quería, pero no quise aceptarlo.

No está bien sentirse atraída por tu jefe. Existe una relación laboral y moralmente está mal, no es correcto. Pero él, él se sentía de la misma manera.

Al comienzo pensé que quizás solo me estaba imaginando cosas, y después solo quise que insistiese para estar segura —*gran error*.

* * * *

Sentía mis ojos pesados. Probablemente se encontraban hinchados y rojos, producto de pasar todo el día llorando. Los refregué con fuerza provocando que me picaran y escocieran.

Estaba sola, con un increíble olor a putrefacción en el lugar, y no tardé en descubrir por qué.

La fina capa de vomito se había endurecido, y estaba comenzando a crear su propio moho.

Olía fatal, todo estaba muy sucio, no tenía nada para comer y el hambre solo hacía más insufrible todo.

Incómoda.

Sumamente incómoda me sentía en ese momento.

Supuse que me mataría o si acaso tendría ganas de jugar con mi cuerpo, y no sé por cuál de las opciones me desalentaba más.

* * * *

El sol empezaba a asomarse después de una interminable tormenta. Miraba las calles de la ciudad empapadas a través de la ventanilla del coche. Le di un vistazo al reloj; la aguja rozaba las doce del mediodía.

Angélica ya estaba de camino a Roma. Antes de que embarcara en el avión le había dado dinero en efectivo y le había hecho prometer nunca llamarme de nuevo.

Ella se había marchado sin comprender por qué la ayudaba, pero yo tampoco podía explicárselo porque no sabía realmente cuál era la razón. O quizás sí. Simplemente temía tenerla rondando a mi alrededor.

Al salir del aeropuerto, me encontré a Sebastián apoyado en mi coche. Sonrió al verme.

—¿Qué haces aquí, Alessandro? —me preguntó.

Solté una carcajada silenciosa. Ambos reaccionamos de la misma manera.

—Siempre oportuno —sonreí, pensando en que si desviaba la conversación a otro rumbo, Sebastián dejaría un rato de pensar en la relación de mierda que había tenido con Angélica.

Él se encogió de hombros y señaló la entrada del aeropuerto, presionando en busca de respuestas.

—Angélica ha tomado un vuelo y he venido a despedirla. ¿Qué hay de malo en eso?

—Has terminado con ella, y por lo general no buscas a tus ex-novias, o las ayudas a irse del país.

Si esperaba sorprenderme, lo consiguió. Le miré boquiabierto y con los ojos desencajados. Joder, si Elena se enterase de que tenía una pequeña prisionera, me mataría.

Sebastián era un hombre maduro e inteligente, y por ello el dueño de una de las compañías aéreas más importantes del país. Tenía un perfecto matrimonio con Elena, y desde siempre habíamos tenido una relación muy cercana. Lo sentía como un hermano y él a mí. Me conocía demasiado bien para saber cuándo estaba mintiendo.

—Le debía un favor —espeté secamente.

Fingí preocupación mientras observaba su rostro suspicaz.

Siempre había pensado que entre Sebastián y yo no había secretos. Él era mi confidente y yo el suyo, pero en esa oportunidad no podía sino ocultarle la verdad.

¿Estaba paranoico o había algo recóndito tras esa mirada azul? ¿Algo que quizá le incomodaba?

Suspiró, y pasó su mano por su cabello. El sonido del motor de un avión nos envolvió ligeramente; eso y la densa brisa que se deslizaba entre nosotros fue suficiente para perderme en la euforia que me embargaba por reencontrarme con Victoria.

—Si me disculpas, Sebastián, tengo un compromiso —me despedí de él, con un ligero abrazo y abrí la puerta de mi coche.

Sebastián resopló algo decepcionado.

—No creas que podrás ocultar por mucho lo que sea que esté pasando —dijo desviando la mirada hacia el horizonte—. Has dejado bastante inquieta a Elena y ya la conoces. Pensé que confiarías en mí, y te podría ayudar.

Me introduje dentro y encendí el motor. Sebastián me lanzó una mirada asesina. Estaba molesto, lo sabía, pero nada podía hacer.

Se apartó del coche y lo dejé atrás con la música de mi reproductor a todo lo que daba para ignorarlo.

Cuando escuché los pasos encima de mí, me incorporé rápidamente y me puse inquieta. No quería hablar más con Alessandro, así que mejor evitar la ocasión.

La puerta se siguió arrastrando hasta que por fin entró, dejando la puerta tras de sí a medio cerrar.

—¡Vete! —grité— ¡Déjame tranquila!

Puso los ojos en blanco y siguió caminando hacia mí, ignorando mis suplicas.

—¿Sabes? Es muy difícil estar cerca de ti. Ya ni te cuento si te la pasabas coqueteándome todo el día. No puedo dejarte...

Él se quedó pensativo un rato hasta que sacó una barra de chocolate de su bolsillo y la traspasó por los barrotes de hierro.

—En vista de que te cuesta tanto comer, te daré algo sellado esperando que confíes en mí.

Antes me hubiera hecho inmensamente feliz que mostrara preocupación, pero estos términos eran muy distintos.

La tomé casi de inmediato, desesperada. Tenía hambre, no tenía otra opción —al fin y al cabo era una barra de chocolate. No sería canibalismo o algo parecido.

—Come —dijo en tono frío, más como una orden que otra cosa.

Una idea vino a mi mente —*tiene veneno*. Pero era mejor comer algo que no comer nada. Necesitaba fuerzas y también tenía miedo de que me pudiera hacer algo si no le obedecía.

Justo al primer mordisco mis papilas gustativas bailaban de felicidad y mi estómago rugía clamando por más. Parpadeé unos segundos para saborear aún mejor el chocolate, me sentía en el cielo, sumida en medio del infierno.

Hasta que una risa maliciosa me interrumpió.

—Sí que eres dulce —me dijo todavía riéndose. Me apené y sentí la sangre subir hasta las mejillas.

Me miró a los ojos y se acercó un poco más a la celda.

—Es bueno ver que sabes obedecer órdenes.

* * * *

—La madrugada es la mejor aliada de un secreto —dije con tono misterioso cuando entré en el despacho de Sebastián. Eran más de las tres.

Encontré a Elena sentada frente a él. Me miró con cara divertida e insinuante. Estaba claro que ocultaban algo y no me sentía cómodo. Entre ellos nunca había existido ningún secreto.

—¿Qué te lleva a pensar que se trata de eso? —dijo él imitando mi voz.

—Si no es un secreto, entonces es que te han echado de casa —cerré la puerta y caminé hacia ellos, vacilante.

—Siempre tan humorista, querido hermano —Elena tomó un sorbo de su bebida, disipando el tenso ambiente que había creado mi comentario.

Victoria se cruzó en mis pensamientos. No habían pasado ni un par horas y mi mente me pedía que fuese en su busca. Pero ahora no podía mezclar las cosas. Debía concentrarme. Y sentía que esta inesperada invitación algo tenía que ver con ella.

—Bien, ¿por qué no te sientas, Alessandro? Tenemos que hablar de cosas serias —dijo Sebastián, sirviéndome de la misma botella de whisky de la que tomaban ellos. No sabía si la conversación que mantenían antes de que yo llegara era la misma en la que estaba a punto de participar—. Estaba comentándome Elena sobre la reciente desaparición de una chica que trabaja en la compañía —soltó con descaro.

Su media sonrisa era alarmantemente retadora.

—Es una tragedia. La noticia me tomó tan improvisado como a ustedes —respondí secamente.

—¿De verdad así fue, Alessandro? Porque algo me dice que algo pintas tú aquí en medio de todo esto —dijo Elena.

—Dicen que los mejores secretos, suelen pasar confiados frente a nuestras narices —susurré, antes de pasar mi lengua por el filo del vaso.

—Siempre has sido muy listo —dijo Elena, presuntuosa.

—Y ni se diga lo bien que se te da bien ocultar cosas —añadió Sebastián, arqueando las cejas.

Sabía a lo que se refería, pero no dejaría que se saliera con la suya.

—He tenido buenos maestros —dejé el vaso sobre la mesa y rescaté la

última gota de vodka de mis labios—. ¿Qué están buscando? —pregunté, sin poder evitar imaginar los labios de Victoria rozando mi cuello.

Pestañeeé y tragué fuerte, y para cuando volví a abrir los ojos noté que Sebastián y Elena intercambiaron una mirada confusa.

—No pienso negar nada. Después de todo, hay demasiadas cosas en juego —apoyé las manos sobre el escritorio. Estaba metido hasta el fondo, y me excitaba.

—Más despacio, Alessandro —sentenció con seriedad Elena, con aquella voz autoritaria parecida a la de mi madre—. Nadie más debe saberlo.

Percibí su tensión y también que aquella frase contenía algo más que el significado que tenía a simple vista. Quise eliminar la tirantez. Lo único que deseaba en aquel momento era proteger a Victoria.

Fruncí el ceño al ver que Sebastián retiraba su mirada azul de nosotros, como si no le importase el impacto que aquella reunión tenía.

Asentí decidido a seguir mi propio plan, después de todo tendrían que estar locos si pensaban que entregaría tan fácil a mi dulce amor. Sebastián imitó mi gesto, al paso en que encendía un habano entre sus labios. Elena me dedicó una dulce mirada y suspiró.

Habíamos llegado a un acuerdo.

* * * *

Alessandro siguió viniendo una vez al día. Sustituía el plato de comida y se iba en silencio, como un perro solitario.

Aquel día, extrañamente no había venido. *Quizás ya se hartó y planea dejarme morir de hambre*, pensé.

Escuché la puerta abrirse y supe de inmediato que era él —¿quién más podría ser? Esta vez su rostro no tenía expresión alguna y no dijo ni una palabra. Introdujo la llave dentro de la cerradura de mi celda y entró obstinado. Y, sin más, golpeó mi cabeza con algo duro y frío que me hizo caer inconsciente.

Poco a poco fui abriendo los ojos, aun sintiéndome un poco mareada. Para cuando desperté me encontraba entonces encadenada a una silla, atada de pies y manos con una gruesa soga que reposaba en los extremos de la silla.

Sumida en mis pensamientos, trataba de entender qué había pasado. Hasta donde recuerdo no había hecho nada para molestarlo o merecer esta clase de castigo. No sé a qué le temía más —si a él, o a la idea de estarme acostumbrado a esto.

Las lágrimas comenzaron a rodar por mis mejillas, y no podía detener los lloriqueos que salían de mi boca involuntariamente —estaba asustada. Llena de terror. No sabía qué me deparaba el futuro, o para qué prepararme.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí? —gritaba a Dios, exigiéndole una explicación y rogándole por ayuda.

—La comida, el agua, la libertad de moverte así como tu ropa, son beneficios que tendrás que ganarte. Tu propia conducta ha hecho que la pierdas —dijo Alessandro, apareciendo detrás de las sombras.

Mi piel estaba erizada —hacía mucho frío. En realidad, ni siquiera me había dado cuenta de que mi ropa había desaparecido. Estaba demasiado confusa y absorta por culpa de la cercanía que habíamos tenido Alessandro y yo hacía unos cuantos días atrás. Y entonces ahora me encontraba en esta horrible situación.

—Suéltame —le supliqué, mi voz saliendo como un chillido de ratón.

Se me quedó mirando un par de segundos y luego negó con la cabeza

—Primera lección, debes dejar de pedirme que te libere Victoria.

Tragué fuerte y él pasó la mano por su cabello con desesperación.

—Mírame a los ojos —me ordenó—. ¿Crees que soy alguien malo? Necesito que te des cuenta que todo esto lo hago por ti, Victoria. Por nosotros.

Al hacer contacto visual fue inevitable recordar lo fácil que era perderse en esos hermosos ojos color verde, que por muy difícil de creer expresaban sinceridad.

Se sentía tan auténtico todo lo que me decía...

* * * *

Aun no podía darme por vencido. O, en realidad, no quería.

Sabía que ella me quería, estaba consciente de la fuerte atracción que fluía entre ambos, pero nunca se hubiese atrevido a dar el siguiente paso. No debió haberme rechazado.

Aún le faltaba mucho por aprender.

Primero debía hacer que me dejase de guardar rencor, tendría que comprender que la estaba ayudando. Lejos de hacerle daño, yo le quería en verdad.

Tenía un carácter indomable, y aunque podría llegar a ser encantador, era algo que se debía corregir. Tendría que aprender a ser una esposa perfecta y servicial, para llegar a ser mi mujer.

Mía.

* * * *

—Victoria, vamos... despierta.

Escuché su voz llamarme a través de mis sueños, y poco a poco logré salir de ellos y abrir los ojos desconcertada. No dejaba de ser una sorpresa encontrarme en ese lugar después de cada sueño. Pensé que quizás jamás llegaría a acostumbrarme del todo.

Dejé mis pensamientos a un lado para mirarlo y prestarle atención.

Se veía desolado —no, lo estaba. A juzgar por sus ojos enrojecidos, parecía haber estado llorando momentos atrás.

—¿Qué quieres? —pregunté.

—Quiero mostrarte una película —entonces me di cuenta que traía consigo un televisor en una pequeña mesa de madera.

Presionó el botón de encendido y la pantalla se iluminó, causando un poco de molestia a mi vista. Unos cuantos segundos pasaron y comenzó a transcurrir una vieja película de los años treinta. Una joven mujer dedicaba sus días a servir a su esposo y sus hijos; tenía la cena servida para cuando su esposo llegase y su camisa bien planchada para el siguiente día.

Alessandro se sentó en el suelo, justo a mi lado y observaba en silencio la historia.

No comprendía muy bien lo que sucedía, y divagaba mi mirada entre la pantalla y su rostro. Pero él se mostraba ensimismado en la película.

En fin, yo estaba tan aborrecida que deseé volver a estar a solas bajo las sombras.

* * * *

La película terminó y Alessandro se puso de pie y se dispuso a salir en silencio de la habitación, dejando tras de sí la película volviendo a comenzar.

La misma se reinició una y otra vez infinidad de veces, hasta el punto en que me aprendí los diálogos de algunos personajes. Era imposible ignorarla teniéndola frente a mí y sin nada más que hacer. Intentaba dormir y las voces me despertaban —era una tortura.

Sentí una punzada en el corazón al recordar el rostro de Alessandro cuando nos conocimos, y los pocos encuentros compartidos cada vez que los protagonistas se mostraban románticos. Pero era una película, era lo que debían hacer, mostrar un mundo perfecto e ideal a los espectadores. No era así, debía dejarle, a él y a todo su mundo.

Me escaparía en cuanto las aguas se calmaran y me dejara respirar. Últimamente estaba muy encima de mí y no me podía permitir que mi escapatoria fracasara.

Dejar a Alessandro era lo correcto, sí. Tenía que repetírmelo, porque no estaba segura de que pudiera conseguirlo. Me abracé a la esperanza imaginando que sí podría conseguirlo.

De repente, alguien entró en la habitación. Miré hacia la puerta, asustada. Una sombra caminaba hacia mí deprisa y no pude evitar pensar que había sucedido algo. Que algo le había sucedido a Alessandro. Me incorporé antes de escuchar su voz. Se inclinó hacia mí y retiró el cabello de mi rostro.

—Tienes que venir conmigo —musitó inquieto.

¿Qué había ocurrido? ¿Por qué quería que fuera? ¡Dios! ¿Y si alguien me había conseguido?

—¿Qué pasa? —pregunté exaltada—. ¿Qué ha pasado Alessandro?

Él comenzó a liberar mis pies y tomó mi cara entre sus manos antes de que comenzara a llorar.

—Nada, no pasa nada, pero es urgente que vengas. Vamos, vístete. Ponte esto —dijo antes de acercarse a la puerta como si algo viniese.

Una vez logré ponerme de pie me lancé corriendo a ponerme el vestido que me había traído, y salí de la habitación tras de él anudando mi cabello.

—No hables, y ten cuidado de no hacer ruido —susurró antes de salir casi corriendo cuesta arriba.

Subimos unas escaleras hasta que nos encontramos en un largo pasillo, con suelos relucientes y paredes desnudas que daban la impresión de ser aterciopeladas. Estudiaba velozmente las entradas y salidas que mi vista lograra conseguir, hasta que llegamos a una gran habitación y me empujó dentro del armario.

Ató de nuevo mis manos y pies sentándome en el suelo y me tapó la boca con un trapo.

—Necesito que te quedes aquí, Victoria. ¿Me entiendes? —dijo Alessandro, con la voz impregnada de temor.

Lo observé confundida. ¿Como si tuviese otra opción? No podía entender que estaba sucediendo, aunque a este punto era agotador tan siquiera intentarlo.

—Por favor, te lo suplicó. Es por el bien de ambos —sostuvo él.

El timbre sonó y a juzgar por su expresión no era la primera vez que lo había hecho. Me dedicó una mirada desesperada al tiempo que mordía sus labios. Mientras un nudo en la garganta —junto con una mordaza —me impedían hablar, solo asentí lentamente con la cabeza, aun desconfiando del tipo que tenía en frente.

Pero aún más asustada de lo que a él le temía.

Cerró las puertas del armario y se mantuvo de pie frente a él. Podía observarlo a través de una rendija del armario, si cuidaba la posición en la que me encontraba. Respiré hondo y esperé su reacción. Pero no se movía, estaba inmóvil contemplando la tranquilidad. Sin duda, esperaba a alguien. Pero, ¿a quién?

Estaba aterrorizada. Alessandro no acostumbraba a comportarse de ese modo.

Entonces se escuchó como la puerta se abría y unos rechinantes tacones golpeaban contra las baldosas.

Alessandro hizo una señal con la mano y yo me incliné hacia delante para ver de quién se trataba, pero no vi nada. Me desplomé sin dejar de mirar el techo de aquel enorme armario, lleno de camisas y trajes de hombre. Recordé el estilo elegante y pulcro de Alessandro en el trabajo y sonreí.

Él se giró y colocó el dedo índice sobre su boca recordándome que debía permanecer en silencio.

Suspiré y miré hacia atrás. No comprendía qué ocurría, pero hice caso a

Alessandro. Me impulsé y caí de golpe sobre el suelo provocando un pequeño ruido, cuando necesitaba todo lo contrario.

El ruido de los tacones retornó nuevamente, cada vez más cerca, hasta que una mujer de contextura delgada y alta entró a la habitación. Me puse rígida cuando escuche el tono de su voz.

—Alessandro, que mala educación no bajar a abrirme —dijo ella.

Él se encogió de hombros con aire despreocupado. No comprendí bien aquel gesto, pero percibí cierta tensión entre ambos.

—Tú tienes una llave, Elena. Te he dicho que no debes molestarte en tocar.

Un pequeño silencio se creó entre ambos, y pensé que mi respiración se lograba escuchar fuera.

—Debo suponer que no has conseguido nada, ¿no es así? —Alessandro le extendió la mano a modo de saludo mucho antes de que apareciera en mi campo de visión.

Ella lo atajó en un abrazo y le besó la mejilla. Pestañeé lentamente y capturé su mano acercándose al sillón que había a su lado.

—Lo das por hecho —suspiró ella pesadamente, dejando percibir el cansancio en cuanto se sentó.

—No estarías aquí de lo contrario —admitió Alessandro, manteniendo su mirada fija en ella.

—No me dirás nada, ¿cierto? —preguntó ella, con gesto de ya saber la respuesta.

—No —resopló cansado—. No quiero hablar. Ni siquiera su familia sabe dónde está su hija y tampoco parece que le importe —añadió nostálgico.

Cerró su mano en frustración al punto en que sus nudillos se pusieron blancos.

—Joder... —añadió entre dientes.

La indignación me atrapó al darme cuenta de que la conversación se trataba de mí. Tenía los dedos fríos y la piel demasiado caliente.

Pero de inmediato lo entendí —la mente de Alessandro había encontrado una solución al problema y no me hizo ninguna gracia reconocer lo que se proponía —¡planeaba hacerse el ofendido o desentendido sobre todo!.

Pero... ¿y si lo que decía era cierto? Esta extraña mujer era la única que estaba preocupada por mí. Mientras que para mí, el sueño de estar de nuevo junto a mi familia era lo único que me mantenían en pie.

—Por favor, Alessandro. Déjate el teatro de una vez —dijo ella, torciendo el gesto—. Tal vez aun no haya conseguido nada, pero lo haré. No me tientes

—advirtió.

—Sí solo has venido a darme otro de tus sermones, creo que puedes irte.

Él me observó de reojo, dejando que se asomara una sonrisa malévolá por la comisura de sus labios. No quise mirarle, así que fijé mi mirada al suelo. Era increíble cómo se atrevía a envalentonarse después de todo.

Elena se levantó lentamente de la silla, contemplando a Alessandro de pies a cabeza. Estaba en lo cierto al no confiar en él, no podía culparla.

Le dio a Alessandro un empujón contra la pared y le apuntó un bofetón en la cara. Él no se mostró sorprendido ante ello; al contrario —se bufó de ella y la cogió del cuello arrastrándola con fuerza hacia la mesa, y colocó su cabeza sobre la madera.

La cosa comenzaba a calentarse y decidí alejarme, por lo que en instinto pegué la espalda contra la pared, haciendo un gran ruido que al parecer no escucharon en medio de la disputa.

Mi visión se acortó significativamente, y no podía permitírmelo. Así que volví a acercarme a la pequeña rendija que me permitía observar, justo a tiempo para ver a la desconocida soltar un chillido de dolor y deshacerse de Alessandro con una patada en la entrepierna, sacando una pistola de su bolso.

Lo podría matar allí mismo, si hubiese querido. ¿Por qué esperar? ¿Por qué tener compasión cuando él no la había tenido?

—¿Qué tienes que decir ahora, Alessandro? Ya no pareces tan valiente —masculló encolerizada.

Estaba atónita en medio de la situación. Nunca antes en mi vida había visto una pistola tan de cerca y ahora me encontraba confundida entre quién era más peligroso.

—Ambos sabemos que serías incapaz de hacerlo —soltó Alessandro, al paso en que trataba de arrebatarle el arma de las manos, pero ella lo esquivó.

Miré a Elena. Parecía nerviosa. Pero no hizo más que negar con la cabeza mientras soltaba una carcajada sardónica. No comprendía por qué tenía aquella reacción con él.

—Y yo pensé que nunca serías capaz de mentirme, hermano —respondió ella, dejando de apuntarle y guardando de nuevo el arma en su bolso.

Fruncí el ceño al descubrir que aquella mujer sabía más de lo que quería mostrar. Después de todo, debía de conocer a Alessandro como la palma de su mano.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Alessandro, esquivando aquella última declaración.

Ella volvió a negar débilmente y observé como se alejaba de mi campo de visión, seguida de Alessandro. De un segundo a otro el ruido de sus pasos desapareció y supuse que ya no se encontraban cerca de mí.

En aquel tiempo a solas, mi mente comenzó a idear diversas formas de escapar. Tendría que haber alguna salida de este lugar.

Tarde o temprano.

* * * *

Un par de horas después la puerta se abrió y apareció la figura de un hombre vestido de negro. Tenía la intención de entrar al armario, y fruncí el ceño tensando todo mi cuerpo.

—¿Tienes frío? —preguntó, y alcancé a reconocer la voz de Alessandro, dejando que sus labios rozaran mi frente.

Me aparté enseguida instintivamente y él se deshizo de la mordaza dándome tiempo de contestar.

—No te preocupes. Estoy bien —espeté.

Hacía mucho frío en aquel pequeño lugar, pero no quería que se me acercara. Pasó sus manos por mi cintura y me envolvió con aquel aroma entremezclado entre cigarro y alcohol que tanto odiaba.

—Ven conmigo —ordenó.

* * * *

Tomé su brazo y la arrastré con fuerza hasta que la saqué del armario. Trató de alejarse de mí, pero capturé su mano a tiempo.

La cargué encima de mi hombro como a un saco de papas, aun atada de manos y pies. Ella agitaba con desesperación su cuerpo mientras su cabeza se inclinaba hacia atrás dejando un pequeño rastro de lágrimas en mi cuello.

Soltó un grito de auxilio que resonó en toda la habitación y, aunque nadie

podría oírle, seguía fastidiándome que no entendiera que estaba haciendo todo por su bien.

Volví a empujarla hacia arriba y la aferré con fuerza mientras caminaba de vuelta al sótano.

—Por favor, te lo suplico no me lleves de vuelta ahí —su voz sonaba quebrantada, había comprendido que no serviría de nada gritar.

Avancé unos pasos ignorando sus súplicas, y ella volvió a repetirlo.

—Por favor, haré lo que quieras.

—¿Lo que quiera? ¿Estás segura de lo que estás ofreciendo a cambio? —mi voz sonó desquiciada. Contraje mis músculos y la sostuve con firmeza.

Ella asintió, la cogí entre mis brazos y mis pies comenzaron su camino.

* * * *

Eran más de las cuatro de la madrugada. Victoria dormía profundamente, mientras yo trataba de hacerlo en el sofá que había frente a mi cama.

No podía dejar de pensar en lo mucho que la necesitaba. En lo mucho que deseaba que ella me necesitase. Estaba enamorado de ella y me gustaba sentirlo. Me gustaba saber que... la amaba. Porque la amaba, inexplicablemente. Cada parte que conocía de ella, e incluso lo desconocido, y quería compartir toda mi vida con ella.

Suspiré mientras contemplaba su cuerpo cubierto con una sábana. Me levanté del sofá y caminé hacia ella para contemplarla mientras dormía; era increíblemente hermosa. Acaricié su cabello y me acerqué hasta ella para respirar su aroma. Observé sus labios. La hubiera besado, pero no lo hice. No lo haría hasta que ella me lo permitiera.

Había decidido que esa noche durmiese en mi habitación, mientras meditaba qué haría. Eso también acababa con mi tranquilidad para dormir.

Aquella mujer me estaba volviendo loco. No hacía falta que hablara, ni siquiera que me mirara, para que me sintiera atraído como si fuera un imán. Me absorbía y me dominaba, y no me gustaba nada sentir esa sensación.

Había estado con un montón de chicas. Morenas, rubias, altas, bajas, delgadas, no tan delgadas... todo tipo de mujeres habían pasado por mi cama, pero ninguna me había descontrolado tanto como lo hacía Victoria —y menos

sin tocarla. Ninguna se parecía a ella.

Aquella madrugada en mi cama le habría hecho el amor un millón de veces, de un millón de formas, hasta que amaneciese. Y aun así, sabía que no tendría suficiente, que necesitaría más de ella. Mucho más.

Odiaba necesitarla de aquella manera tan urgente.

Estaba loco, eso era seguro. Y sentía miedo sin duda, miedo de haberme ablandado.

Y por ello debía poner mano dura, o Victoria creería que tendría ventaja sobre mí; y eso era inconcebible.

No fui capaz de conciliar el sueño hasta tarde, no dejaba de pensar, de preocuparme. Victoria tendría que aprender a ser la esposa perfecta —sabía lo que quería.

Todo debe empezar mañana sin retrasos, ni inconvenientes de por medio.

Ya era de mañana, había despertado, y él ya no estaba. De hecho, no lo sentí durante gran parte de la noche. Por primera vez en mucho tiempo había logrado dormir profundamente, aun a sabiendas de que estaba secuestrada y tenía un lunático frente a la cama donde yacía.

Como me tenía amarrada a la cama, simplemente me hundí en mis pensamientos estudiando cada pequeño objeto que mi vista encontraba en su habitación —Libros, fotografías de su juventud, un reloj de pared y unos cuantos títulos de estudio enmarcados.

No había mucha información que pudiera conseguir sobre él. Sin embargo me agradó verlo años atrás tan jovial y risueño como lucía en aquellas fotografías. Era sencillo imaginarlo en la universidad destacando en sus clases.

—El desayuno está servido —dijo él, apareciendo en el umbral, con una expresión indescifrable en su rostro,

En ese momento descubrió que mis manos se encontraban atadas al espaldar de la cama; lo que significaba que naturalmente, para bajar con él, tendría que liberarme. Sabía que aun desconfiaba de mí como para no hacerlo, pero tendría que ganarme su confianza.

—Hola —musité.

—Hola —dijo sin quitarme los ojos de encima—. Deberías estar durmiendo, aún es temprano.

Su mirada se desvió de nuevo hacia mis manos.

—¿Hace cuánto te has despertado tú? Por tus ojos, creo que varias horas —dibujé una sonrisa contenida en mis labios.

—No podía dormir —contestó vacilante.

—A mí me ha despertado este dolor de cabeza —apoyé la cabeza sobre la almohada e hice una mueca de malestar.

Alessandro se acercó a mí y me observó un rato pensativo.

—No intentarás escapar, ¿cierto? —preguntó después de un tiempo.

Negué con la cabeza débilmente, aunque fuese en contra de lo que más deseaba en el mundo.

Acto seguido puso en marcha su tarea para desatar los nudos y su mano rozó mi brazo sutilmente, haciendo que mi cuerpo se estremeciera al contacto.

—¿Te duele?

—Un poco —respondí retraída.

Tragó saliva y deslizó la mano por su cabello desesperado. Antes de terminar, resopló y apretó la mandíbula. Le notaba raro, como si estuviera agobiado.

—Espero que de aquí en adelante todo marche bien —espetó.

No sabría cómo explicarlo exactamente, pero aquello era más una advertencia que otra cosa.

Fruncí el ceño, sintiendo el calor de la frustración recorrer mi cuerpo. Intentaba ser amable con él y me respondía con altivez. Ni siquiera en un momento como aquel tenía consideración.

Recordé aquella noche en el ascensor cuando nos encontramos y pareció tan divertido y coqueto —*Te dije que no te acercaras a él. Mira lo que podrías haberte evitado.*

—No esperaba vivir la misma situación dos veces —mascullé mirándole fijamente.

Alessandro supo bien a lo que me refería. No tenía ánimos de volver a aquel mugriento sótano. Sentía que estaba al borde de volverme loca allí dentro, donde mis días enteros consistían en llorar, y no sabía en qué punto comenzaba uno nuevo.

—Bien, entonces sabrás que debes cumplir con tu palabra.

Me soltó y se dio la vuelta dándome la espalda. Se disponía a marcharse, pero me interpuse en su camino. Le puse una mano en el pecho, gesto que no le hizo ninguna gracia, y le miré irascible. Esperé ansiosa su reacción.

Estaba claro que teníamos muchas cosas que solucionar y él parecía preparado para ello; pero entonces se dio la vuelta, me cogió de la mano y me obligó a caminar.

Dejé que me llevara hasta la planta baja, cerca de la puerta de entrada y me colocó frente a él bruscamente.

—La cocina está por allá —señaló con el mentón—. ¿Sabes cocinar?

Asentí en silencio.

—Bien, pues deberás de hacerlo de ahora en más.

Se puso de pie y acercó hasta mí un plato con huevos revueltos y una tostada con mantequilla. Desprendía un aroma exquisito, pero aun así me generaba cierta desconfianza.

—No es nada malo —dijo Alessandro, al percatarse de mi prejuicio—. Si quisiera deshacerme de ti, ¿no crees que ya lo habría hecho?

Por supuesto que aquel razonamiento tenía sentido, y aquellas cortas palabras me hicieron sentir extrañamente más segura.

Seguidamente sirvió un vaso con zumo de naranja, y agregó unos cuantos cubos de hielo.

—¿Café? —preguntó.

Estaba sorprendida ante este cambio repentino de conducta en Alessandro y por sobre todo, estaba extrañada. Si este hombre podía cocinar, porque lo hizo no solo hoy, sino también todos esos días en que estuve encerrada en el sótano, ¿por qué yo debía de cocinarle ahora?

—Victoria —insistió.

Me había perdido entre mis pensamientos sin responderle.

—Sí, por favor —respondí.

—Muy bien, necesito que estés aviva para escuchar lo que te diré —se aclaró la garganta antes de seguir, haciéndome sentir un remolino de nervios en el estómago—. A partir de hoy deberás realizar diversas actividades para ayudar en la limpieza de la casa. He decidido que es una buena manera para forjarte un poco de disciplina y también de que te mantengas ocupada en el día.

—¿Por qué? —pregunté cargada con un valor que me sorprendió a mí misma.

—No, no, sin protestas —Alessandro torció la boca intentando una sonrisa forzada mientras caminaba lentamente hacia mí—. Eres tú la que parece no comprender que has aceptado hacer lo que yo quisiera.

—Eso no te da el derecho de disponer de mí a tu antojo. No vas a pretender que también cumpla tus demandas íntimas —respondí, imaginándome el peor de los escenarios.

Me miró alzando las cejas y caminó hacia mí con socarronería.

—Eso ya lo veremos —respondió con seriedad—. Por ahora, preocúpate por lo que harás para la cena.

Cuando la tarde había acabado, Sebastián me abordó al salir de la oficina. Era indudable que Elena lo había puesto al corriente de todo.

—Alessandro, no se hace cuánto tiempo no salimos a tomarnos algo —sostuvo él con una sonrisa pícaro entre sus labios.

—Yo tampoco lo recuerdo —respondí cuidadoso de mis palabras.

—He escuchado de un nuevo lugar aquí cerca —propuso él.

—Quizás otro día, Sebastián —dije al paso en que reponía mi camino de

salida.

—¡Esto es increíble! —exclamó al tiempo en que me daba un palmazo en la espalda.

El sonido de su móvil nos interrumpió, y él se alejó para contestar, siendo la mejor escapatoria concedida por el destino.

No veía la hora de llegar a mi casa sabiendo que tendría a Victoria enfrente durante toda la cena y eso me avivaba.

Atravesé la ciudad embriagándome con las luces de la carretera, reconfortándome la idea de que Victoria cada vez parecía más decidida a cooperar.

* * * *

Al llegar observé la cena servida en el comedor, pero sin rastro de Victoria.

Miré mi plato y, con desgana, retiré las zanahorias que cubrían un bistec poco cocido. Tenía un sabor espantoso.

Llamé a Victoria por lo alto de la mansión pero no obtuve respuesta, y yo comenzaba a impacientarme.

Subí las escaleras con prisa, pero sin hacer ruido, pues no quería que supiese que estaba cerca. Busqué en todas las habitaciones; en vano, no estaba. Solo quedaba un lugar —el sótano.

Ya estando frente a la puerta, me dispuse a coger la manilla, temeroso por primera vez dentro de mi propia casa. Pero me inste a bajar las escaleras.

—¿Ya terminaste tu cena? —su voz, que no esperaba tan pronto, hizo que me sobresaltara. Traté de ocultarlo lo mejor que pude y la encaré esperando que mi cara no demostrara ninguna expresión.

—Debiste cenar conmigo, Victoria —dije en tono frío, esperando que la indirecta fuera clara. Estaba verdaderamente molesto, y no porque la cena fuera horrible, sino por su ausencia.

Se suponía que debía estar comportándose como una esposa ejemplar, y aún seguía dando problemas.

* * * *

Ni siquiera tuve tiempo de reaccionar cuando caí al suelo. Me estampé contra el suelo sintiendo un dolor quebradizo en mis riñones. Se acercó a mí y me dio una patada en el estómago.

Alessandro volvió a cogerme del pelo y me levantó sin importarle el dolor que me infligía. Después de todo, eso era lo que él quería, verme sufrir. Matarme no habría sido divertido.

—¿En qué quedamos, Victoria? —preguntó cerca de mi rostro. Ni siquiera podía fijar la vista. Mi mirada se nubló por el dolor—. Se suponía que ibas a cooperar.

—He hecho lo que me pediste —contesté recomponiéndome.

—¿Te has comportado como una esposa ejemplar? —preguntó él, alzando su tono de voz.

Negué débilmente. Sabía que si intentaba contrariarlo sería peor.

—Así es, y creo que mereces un castigo por eso —gruñó.

Tomó mi mano izquierda y la llevó al suelo con fuerza, aplastándola con su bota contra el suelo y provocando que pegara mi cara al suelo. Sentí un dolor insoportable mientras arrastraba mi mano arriba y abajo, como si fuera una vieja goma de mascar adherida a su suela.

El peso de su cuerpo sobre mi mano me hizo sentir que estaba a punto de romperme los huesos, a medida que el duro y áspero suelo causaba que mi piel se raspase y ardiese con cada segundo que pasaba.

Nunca antes había experimentado un dolor parecido

—Por favor... Detente —le supliqué, sintiendo las lágrimas correr por mis mejillas.

—Solo porque tú me lo pides —me susurró en la cara, de manera que pude sentir el calor de su aliento.

Removió su bota de mi mano y de inmediato la empecé a masajear con la otra, intentando aliviar un poco el dolor. Intenté flexionarla, pero se sintió demasiado doloroso.

Me levanté lentamente, pensando que todo había terminado, al paso en que Alessandro estudiaba cada uno de mis movimientos.

En un abrir y cerrar de ojos, volvió a sujetarme de las muñecas y se lanzó

sobre mí, llevándome a pensar que sería objeto de sus sucios deseos.

—¡Ayuda! —grité, pero eso solo causó que Alessandro me tapara la boca con su mano.

—¿Recuerdas la lección número uno? —preguntó él.

Todo mi cuerpo se tensó. Intenté gritar nuevamente pero su asquerosa mano silenciaba mis súplicas.

Asentí temblando de terror, y él retiró su mano para dejar que le contestase.

—Dejar de pedirte que me liberes.

—¡Así es! —exclamó él—. Espero que puedas seguirla cumpliendo, junto con las demás. Esta es tu segunda lección. Deberás planear con tiempo una deliciosa cena para mi llegada.

Las lágrimas salían involuntariamente de mis ojos, y mi cuerpo temblaba al tener tanto peso encima de mí.

—Lección número tres —continuó—. Debes prepararte y lucir hermosa para cenar conmigo. Recuerda que he tenido un largo día, y me muero de ganas de verte.

Las lágrimas se escurrían por mis mejillas deliberadamente. Lo empujé con toda mi fuerza y él se puso de pie. Intenté levantarme después de él, pero me tambaleé y el brazo de Alessandro me detuvo.

—¿Adónde vas? —preguntó, negando con su cabeza—. Aún no he terminado, escucha y sé dulce si te estoy hablando. Esa es tu cuarta lección.

Suspiré hondo y cerré los ojos conteniendo la ira que sentía. Me estaba tratando como una niña, y me costaba mantenerme serena.

—No vas a pretender que también cumpla con tus íntimas demandas, porque no lo haré —dije fulminándolo con la mirada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó encolerizado.

El verde de sus ojos se tornó más intenso y sus mejillas se enrojecieron. Estaba furioso. Me tomó de los brazos y me zarandó frente a él. Pude escuchar cómo jadeaba por el enfado. Su agarre cada vez me hacía más daño, pero no me importó.

Deslizó su mirada de mis ojos a mis labios y entrecerró los ojos mientras apretaba la mandíbula. No podía hacerme una idea de qué se le pasaba por la cabeza. Yo solía descifrar a las personas enseguida, pero Alessandro se me escapaba.

Pude apreciar muchas cosas en aquella mirada, pero la más evidente era odio.

—Si te hice daño, lo lamento. Si he sido un imbécil, lo lamento —dijo mirándome fijamente—. Y no, no quiero o pretendo ponerte un dedo encima. Lo siento, ¿de acuerdo?

Me quedé impactada. Alessandro Di Castro jamás pedía disculpas y, sin embargo, allí estaba, haciéndolo. En aquel momento parecía tan débil, tan perdido, que mis ojos le miraron con ternura. Me sentía una privilegiada porque me dejase ver aquella parte de él.

Tragué saliva antes de hablar, pero me interrumpió.

—¡Jamás te haría daño! ¿Entiendes? —sus ojos brillaban más de lo normal. Lo último que quería ver era a Alessandro llorar—. ¡No vuelvas a repetirlo!

Él no lloró, pero yo sí comencé a hacerlo.

—¿Qué es lo que quieres, Alessandro? —pregunté entre sollozos.

—A ti —respondió con rapidez—. Eres lo único que me importa, ¿no te lo he demostrado?

Cerré los ojos echando la cabeza hacia atrás. No podía continuar con aquello, era demasiado para mí.

—¿Me obedecerás? ¿Confiarás en mí, Victoria?

Habían ocurrido tantas cosas en los últimos días que ya no me quedaban fuerzas.

—Sí...

Sin saber que aquello marcaría un vuelco drástico en mi vida.

* * * *

Esa noche no dormí en la habitación de Alessandro, pero de la misma manera dormí atada a la cama. Él sabía que no podría huir de aquella prisión, pero se empeñaba en encadenarme.

Era una manera de demostrarme que tenía poder sobre mí, y como una noche me dijo, la libertad de caminar era un privilegio del que no gozaba aún.

Alessandro esperaba entre las sombras, desde uno de los bordes de la cama. Lucía enloquecedoramente atractivo —a pesar de todo, no podía desprenderme de aquella pequeña parte de mí que aún se sentía atraída por él.

Se encontraba con el gesto cabizbajo, intensificando el bellissimo

resplandor de sus ojos y vigorizando su figura. Esperaba que cayese rendida en un sueño profundo, supongo que para irse. Se notaba que no tenía intenciones de quedarse.

Y así lo hice, sin saber en qué momento él me dejó sola.

* * * *

Contuve el aliento, sintiendo la urgencia de besarle allí mismo y enmendar los errores que cometí aquella noche. Pero solo fui capaz de llevarme una mano a la boca y olvidar el control sobre una lágrima que resbaló por mi mejilla.

—Te quiero Victoria. Lo digo en serio —admití sin apenas voz.

Agaché la cabeza, tocándome las manos con nerviosismo y buscando desesperadamente una forma de demostrarle todo lo que se paseaba por mi mente. Ella merecía una explicación, ambos necesitábamos que yo le contara lo que sentía. Eso era lo que justo me había pedido y lo que yo no supe darle.

Fue entonces cuando me di cuenta que estaba yendo hacia ella sin voluntad sobre mí mismo, atraído completamente por la incuestionable seducción que desprendía. Empujado hacia el abismo por la increíble atracción que nos unía.

Pero ella ya se encontraba dormida...

* * * *

La mañana siguiente desperté aturdida, ante el sonido de una ruidosa alarma. El sol apenas comenzaba a salir, y aquel horrible sonido no paraba.

— ¡Alessandro! —grité desesperada.

El ruido llegaba a ser ensordecedor, tan fastidioso que impedía escuchar mis propios pensamientos.

Él apareció un par de segundos después, secando su cara con una pequeña toalla blanca. Llevaba unos pantalones cortos de cuadros y una fina camiseta

de algodón, junto con una expresión juguetona en su rostro.

—Veo que ya has despertado —dijo alzando la voz, para lograr que lo escuchase.

—¡Apágala! —volví a gritar.

Seguidamente se acercó a mí y zafó el nudo que atrapaba mis muñecas.

—Debes de ir a preparar el desayuno —dijo él.

Por primera vez su voz no se escuchó como una orden, aunque lo era.

Asentí rápidamente, deseosa de que el sonido parase de una buena vez. Él suspiró pesadamente, e imitó mi gesto.

—Bien —repuso secamente.

Salió de la habitación y al minuto siguiente el sonido se detuvo.

Me levanté de la cama, y mi cuerpo se estremeció al segundo en que mis pies descalzos hicieron contacto con el suelo helado. Bajé las escaleras lentamente y cada pisada hacía que una pequeña parte de mí se sacudiese.

No era la mejor cocinera del mundo, pero mi comida siempre había sido bien halagada. La noche anterior, producto de mi molestia, me había encargado de que la cena fuese una tortura total. Pero esa mañana, en vista del repentino cambio de comportamiento en Alessandro, decidí mantener las pases.

El desayuno estuvo listo en menos de veinte minutos, pero no sería quien llamase a Alessandro y sabía que lo ideal no sería comer sin él.

Así que decidí que lo mejor sería esperar pacientemente su llegada.

Dirigí mi mirada a la ventana sin saber muy bien qué buscaba. En realidad, solo quería estar sola un rato, poder despejarme.

Habían sido unos días muy duros para mí. Todavía tenía que adaptarme y reponerme emocionalmente.

En el fondo, había decidido que esto no era tan malo como parecía. Si esta era la vida que ahora debía llevar, era muy diferente a la que llevaba, por supuesto. Pero si no hubiese sido por ese trabajo, mi vida sería entonces muy desdichada. Estaba en quiebra. Si tan solo no hubiese sido por aquel amor furtivo que sentía por Alessandro, quizás ahora no me vería en esta situación.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera oí el sonido de la puerta. Segundos después, sentí un escalofrío en mi espalda. No quise volverme. Me quedé allí esperando a ver qué ocurría.

Sentí una mano rozar suavemente mi cintura. Mi respiración se paralizó y cuando volvió lo hizo de forma entrecortada y agitada. Alessandro retiró mi cabello acariciando mi cuello y se acercó aún más.

—Eres tú la culpable de que me comporte de este modo —dijo, dejando

que el susurro de su voz vagara por mi cuello.

Decidí girarme y me topé con su pecho. Sus ojos me observaban fijamente, con gran intensidad. Permanecía serio, más de lo que había visto en anteriores ocasiones. Más de lo que me esperaba.

—¿Por qué? —pregunté en el mismo tono de voz.

Se encogió de hombros despreocupado y su mano tomó la mía para llevársela a los labios y darme un suave beso. Me molestó sentirle tan cerca, a pesar de la dulce y delicada caricia. No le había dado permiso para que se tomara esas confianzas. Y de hecho, tampoco tenía interés en ello.

Se acercó hasta mi mejilla, vacilante. Era extraño verle así, tan seguro de sí mismo y relajado. Terminó acariciando mi piel con sus labios. Y solo durante ese instante sentí lo mismo que Alessandro.

Me miró y, entre la penumbra de aquella sala, sus ojos refulgieron como el día en que nos conocimos.

—¿Qué sucedería si te besara aquí y ahora? —dijo suavemente, sin dejar de susurrar.

Levanté el mentón buscando sus labios.

—No sigas por ahí, Victoria. Sabes que no podré detenerme —murmuró en mis labios mientras sus manos subían por mis caderas lentamente, muy lentamente.

—Hazlo, Alessandro.

—Repítelo.

—Bésame.

Me besó, apretándome contra él. Sentí la urgencia de nuestros labios, mezclándose entre ellos.

Acariciaba mi espalda mientras me obligaba a caminar hacia atrás. No sabía hacia dónde quería llevarme, pero estaba dispuesta a ir a cualquier lugar. No quería detenerme, no quería que se detuviera.

Sentí su lengua contra la mía. Besaba mucho mejor de lo que había imaginado. Suspiré antes de tomar aire mientras su boca descendía por mi cuello. Enseguida cogí su rostro y volví a besarle. Tiré de su chaqueta y comencé a desabrochar aquella odiosa camisa. Lo necesitaba más cerca.

Entonces, él suspiró al notar mis dedos perfilar la piel de su vientre. Suavemente, sus rodillas separaron mis piernas y bajó sus manos por mi cuerpo hasta que me elevó del suelo. Me sentó sobre la encimera de la cocina provocando que unas cuantas cosas cayeran al suelo, donde debían estar.

Su teléfono sonó y él se detuvo de golpe. Suspiró con frustración entre mi

clavícula y se alejó de mí.

—La campana indica que es hora de irse.

* * * *

Me había portado muy bien con él. Esa misma noche le abrí y me encontré empapada y desolada.

—¡Victoria! Así lo único que harás será contraer una pulmonía —se abalanzó a por una toalla y me la colocó alrededor del cuerpo mientras me llevaba a la habitación.

Había pasado todo el día llorando dentro de la ducha, tratando de dejar de sentirme sucia. ¿Cómo es que había terminado besando a mi secuestrador? O peor aún, disfrutándolo.

—¿Qué más da?

Me apoyé en su hombro y volví a llorar incontrolablemente, como los primeros días. Solo que esta vez sentí cómo él me abrazaba. No dijo nada, pero yo estaba segura de que conocía el motivo de mi llanto.

—No digas que no sentiste nada con ese beso —me confirmó enseguida.

Lo miré con los ojos abiertos de par en par. Él sabía lo que sentía, acarició mi cabello mientras yo seguía observándolo impactada.

—Es ese el problema.

Alessandro se levantó y se echó a caminar como si nada. Ni siquiera hizo el intento de disculparse. Él debía de disculparse.

Avancé dando zancadas y le cogí del hombro obligándole a darse la vuelta. Se giró con pose arrogante, solo que esta vez frunció el ceño y los labios. Estaba molesto. Con un gesto déspota, se retiró dejando mi mano en el aire. Por primera vez en mi vida me vencía la sensación de inferioridad.

—¿Es que ni siquiera piensas pedir perdón? —pregunté, inventándome una seguridad que no existía.

Alessandro suspiró y comenzó a negar con la cabeza, lentamente.

—Dudo que lo merezcas —contestó con una voz grave—. Si tienes problemas para aceptar tus propios sentimientos, es tu problema, Victoria.

Pestañeeé varias veces mientras digería lo que acababa de escuchar. Aquel tío dejaba de ser un imbécil para convertirse en el capullo más grande que

había conocido.

—Le haces justicia a tu fama.

Apretó la mandíbula y acortó la poca distancia que nos mantenía separados con un decidido paso.

—De no haberte interpuesto en mi camino, ahora no estarías aquí esperando una disculpa —susurró pegado a mi mejilla y totalmente irritado—. Créeme, no voy a dártela, hasta donde sé deseabas ese beso tanto como yo —su nariz rozó mi mejilla y el calor de su voz me embriagó.

—¿Crees que lograrás acobardarme con tu estatura? Pues estás equivocado —le dije con voz contenida, cuando en realidad lo hacía.

Me descolocó verlo sonreír maliciosamente y me alejé de él en respuesta, conteniendo un extraño temor.

—Quiero ir a mi habitación —gruñí.

Me detuvo cogiéndome del brazo y estampándome contra su pecho.

—Y yo iré contigo —besó mi cuello entre suaves y roncós gemidos.

—No me toques —dije entre dientes, conteniendo las ganas de morderle.

—Me aburre que siempre digas lo mismo, Victoria.

—Déjame ir y no tendrás que soportarlo.

Se detuvo, esperó unos segundos y me miró con una sonrisa plena en los labios. Los ojos se le iluminaron falsamente. Dejándome creer que me dejaría marchar.

—Lo único que sé es que te mueres por besarme de nuevo, Victoria.

—¿Que sabrás tú de lo que quiero? —resoplé, esquivándole tragando saliva.

Volvió a cogerme, pero todo fue diferente esta vez. Rodeó mi cintura y tiró de mí con rapidez.

Cuando reaccioné, estaba apoyada en la pared con sus labios a solo unos centímetros de los míos y todo su cuerpo pegado a mí. No quedaba espacio entre nosotros.

—Me lo pones muy difícil —fue un murmullo erótico, que resbaló lentamente por mi boca y me cortó el aliento. Noté cómo se contraía mi vientre y cómo el corazón me latía en la lengua.

—Entonces, deja que me vaya —jadeé.

—No. Podría concederte lo que quisieras, pero no eso.

¿Cómo se suponía que debía reaccionar ante aquello? Fue un tormento continuar erguida.

—¿Por qué? —pregunté sin esperar haberlo dicho en voz alta.

Para mi asombro, Alessandro respondió como nunca hubiera esperado.

—No lo sé.

—¿Puedo pedirte lo que quiera? —torcí el gesto, dudando si la excitación que comenzaba a sentir me dejaría hablar—. Cuidado, Alessandro puede que te sorprenda saberlo.

—Quizás no —si esperaba noquearme con aquel comentario, lo consiguió—. Tal vez quieres lo mismo que yo.

Aquel momento era encantadoramente tenso, una muestra de su evidente sensualidad, pero era una pérdida de tiempo desearle, una forma gratuita de sufrir. Jamás podría tenerle... como deseaba.

Alessandro estaba deseoso de tomar lo que creía le pertenecía y agradecí que al menos tuviera la dignidad de no forzarme. Algo que me llevó a preguntarme por millonésima vez si alguna vez llegaría ese momento. Tarde o temprano me casaría con él, prácticamente era su esposa...

Cerré los ojos un instante, reteniendo las ganas de besarle y saboreando su aliento acelerado.

—Me quedaré, pero con una condición... —gemí.

—¿Condición?

—Has dicho que podrías concederme lo que quisiera, ¿no? —remarqué—. Quiero que... te mantengas alejado de mí — *Miente mejor, Victoria*.

Cuando dejé de sentir su cuerpo contra el mío, me inundó una sensación de vacío enorme. Alessandro había obedecido, aunque resultaba satisfecho. Su rostro se había truncado y me mostró lo mal que le había sentado que le pidiera aquello.

Vale, ahora venían las malditas preguntas. ¿Cómo debía tomarme su reacción? ¿Qué habría hecho de haberle besado?

—¿Solo eso? —quiso saber, controlándose al máximo.

Asentí, incapaz de responder.

—Bien... está bien. Lo haré —me miró una última vez antes de irse.

Me apoyé en la pared y cerré los ojos reteniendo las ganas de ir tras él.

Que maravilloso había sido sentir su absoluta cercanía. Imaginarme siquiera la posibilidad de terminar en la cama con él que me volvía loca.

Estaba sentado en el bordillo de la baranda de la terraza cuando la puerta de mi habitación se abrió con sigilo. Victoria entró de repente caminando de puntillas y mirando a su alrededor, sin saber que yo le observaba.

Sonrió y salió a la terraza al verme. Se estremeció en cuanto sintió la fría brisa del exterior.

—¿No deberías abrigarte más? —murmuré al ver que solo llevaba una pijama de tela fina.

—Puedo soportarlo —tembló.

—Ya —hice una mueca.

Un largo silencio se prolongó y me obligué a hablar de nuevo.

—Es tarde, tendrías que estar durmiendo.

Miré la ciudad. El mundo seguía su curso mientras nosotros estábamos atrapados en una situación de la que estaba seguro no saldría impune.

Seguía sin saber por qué Victoria estaba allí junto a mí justo a medianoche, luego de pedirme que la dejase tranquila.

Yo, por el contrario, cada vez lograba soportar menos su estancia sin su cercanía. Pero esperé en silencio a que decidiera si quería hablar. Mientras tanto, mi vista eludía, por el momento, lo que realmente importaba.

Victoria soltó una sonrisa muy similar a un bufido y se tumbó en el bordillo utilizando el brazo de almohada.

—¿Cuánto tiempo estaremos así? —preguntó.

—Hasta que digas por qué has venido, Victoria —respondí secamente, dándole la espalda a la ciudad.

Victoria suspiró y se quedó mirando el cielo, pensativa.

—He venido a pedirte que me hagas el amor.

Genial. Concisa, directa, sin espacio para la duda: así era Victoria. Resultaba extraordinaria conocerla cada vez más.

Me incorporé cogiéndola de los brazos.

—¿No piensas decirme que es una locura, ni nada por el estilo? —entrecerré los ojos, esperando un reproche que no llegó.

—No.

—¿Por qué?

—Porque te quiero, Alessandro. Desde que nos conocimos me he sentido

atraída hacia ti, y ahora después de exigirte que te alejases, me he dado cuenta que estaba nublada por la molestia.

Se acercó a mí, haciéndome soltar una sonrisa cuando su aliento rebotó en mi mejilla al suspirar, y deseé que aquel momento se detuviera. Que nos quedáramos de ese modo para siempre, deleitándonos con aquella sensación de amor y tranquilidad infinita. No existieron presiones, no existieron problemas.

Solo existíamos ella y yo.

—Voy a hacerte el amor —musité muy bajito en su mejilla.

Ella echó la cabeza hacia atrás, incitándome a que comenzara con un beso.

Obedecí con parsimonia, colocando mis labios sobre los suyos, lentamente. Fui yo el que se adentró en la urgencia. Se agarró con fuerza a mi cuello y me apoderé de su boca percibiendo cómo Victoria se dejaba llevar.

Suspiró con fuerza cuando sintió mis manos bajar por su columna, y distinguí la contracción de sus músculos bajo mi tacto.

Un instante más tarde, noté la espesura del ambiente y cómo sus piernas le daban la bienvenida a mi cintura. Lo que le siguió fueron besos intensos, insistentes, apasionados. Sensaciones que ninguno de los podríamos explicar. Pero también... cierta incertidumbre...

De pronto, se detuvo, pero no se alejó ni un centímetro de mi boca. Esperó entre mis labios, y comenzó de nuevo; esta vez con un ritmo suave, tremendamente lento y taciturno. Nuestros cuerpos se armonizaron con aquel beso y las caricias pasaron de ser excitantes a ser profundas y mucho más penetrantes.

Algo no iba bien.

—¿Estás bien? —pregunté buscando su mirada.

Me daba igual lo mucho que estuviera deseando aquello, no haría nada hasta escucharle una respuesta. Y por su respiración, supe que me mentiría.

—Estoy bien —balbuceó, forzando una sonrisa. Pero sin mirarme a los ojos.

No, no era cierto.

Habría dado cualquier cosa por colarme en su mente y descubrir qué había en ella. Porque su mirada estaba cargada de un secretismo que no iba a compartir conmigo.

Oprimí mi agarre sobre los huesos de su cadera y sentí como comenzaba a formarse un profundo nudo en mi garganta.

Y al minuto siguiente, desperté.

Todo había sido un sueño.

No logré dormir de nuevo, ni un segundo en toda la noche. Fue muy frustrante creer que el tiempo pasaría más rápido si me acostaba y conseguía dormir. Pero sabía que nada de lo que había soñado sucedería.

Algo tan sencillo como cerrar los ojos y dejarse llevar por el sueño, se convirtió en toda una hazaña para mí, algo materialmente imposible en los últimos días.

Siempre había tenido problemas de insomnio y hasta ahora los había logrado vencer. Pero eso no les restaba importancia.

La angustia ocupaba demasiado espacio en mi cabeza como para dedicar un hueco al descanso.

* * * *

Nunca me había gustado la noche; la oscuridad amenazante que lo cubre todo, la temperatura que desciende hasta calarte los huesos, el ligero brillo que desprenden las estrellas —insinuando que están ahí y te protegen. Cuando lo cierto es que estás más solo que la luna y seguirás estándolo si te ocurre algo malo; ellas no van a ayudarte y tampoco quieren hacerlo.

Y esa noche me devoró, minuto a minuto, segundo a segundo. Cada instante que pasaba era más largo que el anterior. Todo lo que había analizado durante el día, la madrugada se encargó de cuestionármelo hasta el punto de no confiar en la solución. Fue así como poco a poco me empequeñecí hasta convertirme en una mancha insignificante dando tumbos en la cama.

Esa noche en especial fue más difícil que ninguna otra. Tal vez porque mi mente no dejaba de repetirme lo que había sentido con el beso y el contacto de Alessandro.

O, tal vez, divagando entre la realidad amenazante que se aproximaba, y si verdaderamente estaba preparada para ello. Si ya no le servía a Alessandro para lo que deseaba, solo sería cuestión de tiempo para que se aburriese y me asesinase. No. En realidad sabía que Alessandro no deseaba asesinarme, pero me sentía asustada de mis propios sentimientos.

En verdad, no era tan adulta para afrontar algo tan drástico.

Tenía miedo. Sí, era miedo. Por mí, y mis sentimientos... y de él.

No me gustaba sentirlo. Eso indicaba fragilidad y no se me ocurría peor momento para demostrarla. Había llegado hasta este punto y debía afrontarlo... pero si lo pensaba demasiado, simplemente, me aterrorizaba. ¿Cómo es que podía sentir atracción y terror por mi jefe, que terminó siendo mi secuestrador? Era una locura.

El sonido de la alarma interrumpió mis pensamientos y me hizo saltar de la cama.

Había llegado la hora de preparar el desayuno.

* * * *

—Alessandro —se me contrajo el vientre al verlo.

Pero él no habló enseguida. Se detuvo a beber agua entrecortadamente, algo que me indicó la poca confianza que tenía puesta en aquel encuentro.

—Dime —repuso él.

El desayuno estaba servido para ambos, y su corbata recién planchada le esperaba junto a su asiento. Sonreí al recordar aquella película antigua que habíamos visto juntos y cuyo significado no entendía en principio, pero ahora sí. Alessandro trataba de enseñarme lo que él necesitaba que hiciese.

Me sentía hechizada al verlo. Deseaba tantas cosas de él que no sabía qué hacer. Entonces me asaltó la desesperación.

—Háblame. Estoy a punto de volverme loca, encerrada en este lugar sin contacto alguno —le reproché.

—Me has pedido que me alejase de ti, Victoria —contestó robóticamente—. He seguido tus órdenes al pie de la letra.

Lo miré como la primera vez. Todavía tenía el sabor de labios en mi boca, sentía el calor de su tacto en mi piel, el susurro de sus palabras en mi cuello... Y ahora veía cómo mis palabras causaban que se alejase.

Lo había obligado a apartarse de mí, sin darme cuenta de que con ello me obligaba también a morir. Pero eso es algo que no me debía de importar lo más mínimo, después de tantas veces que había puesto mi vida en peligro.

Pero mi corazón estaba allí, con él.

Y es imposible arrancarse a alguien del pecho tan fácilmente.

—¿Y que si te digo que he cambiado de parecer? —pregunté.

Se humedeció los labios, tragó saliva y volvió a humedecerse los labios. No sabía qué decir pero, tras unos segundos de silencio, negó con la cabeza.

—¿Por qué... por qué lo harías? —preguntó Alessandro en susurro, y noté cómo se encogía.

Estaba al borde de un ataque de nervios y... se me escapó de las manos. Me acerqué a él involuntariamente y lo miré fijamente, sin emitir palabra alguna.

—No volverá a ocurrir. No volveré a tocarte —cerró los ojos y tomó aire mientras se acercaba aún más—. Hasta que tú me lo pidas.

—Te lo pido, Alessandro.

Sus labios rozaron los míos y cerré los ojos sintiendo que mi corazón se desbordaba.

—Aunque me muera de ganas... —susurró en mis labios antes de marcharse.

Chocó con mi hombro suavemente y me dejó con la ansiedad en el cuerpo. Jamás había deseado que me besaran con tanta fuerza.

Y él simplemente se fue.

* * * *

Miré al cielo y de nuevo a ella, que dejaba atrás.

En realidad me iba porque no podía tenerla cerca. No estaba seguro de lograr aguantar las ganas de besarla. Deseaba tumbarla en el suelo y besarla durante horas, pero le había hecho una promesa y debía cumplirla. Esperaría hasta que ella me permitiera romperla.

Victoria arrugó la frente. Estaba claro que no quería que me marchara y aquello me volvió loco.

Ella quería estar conmigo tanto como yo con ella.

Y eso mismo acababa de admitir. *¿Cómo pude ser tan imbécil? Genial. Debe de pensar que eres un cobarde.*

Estaba tan concentrado en controlar mis deseos que no escuché las palabras de Victoria.

Sin pensarlo corrí de nuevo dentro de la casa en su búsqueda. Allí estaba ella, con una expresión confusa en su lindo y perfecto rostro.

Y de repente, antes de darme cuenta, Victoria rodeaba mi cintura con sus brazos. Sus manos rozaban mi cadera con toda intención. Su pecho se acopló a mi espalda y se acercó a mi oído.

—Bésame —susurró ella.

Aquel gesto bastó para que sonriera. No había ni un ápice de inseguridad en mí y, aunque no podía asegurarlo, tenía la impresión de que era la primera vez de muchas.

De nuevo, nuestros labios se rozaron. Al principio como si fueran dos desconocidos.

Lo hice despacio, con suavidad, aprovechando cada segundo.

Que Victoria se encontrara bajo mi cuerpo rodeándome con sus brazos era, con diferencia, la mejor experiencia de mi vida.

—No sabes lo mucho que deseaba oír eso.

Besaba mucho mejor que en mis sueños y ella parecía saberlo, por eso se recreaba en mis labios.

Suspiré antes de tomar aire mientras su boca descendía por mi cuello. Enseguida cogí su rostro y volví a besarle. Tiré de su vestido por encima de sus muslos, para tocar sus glúteos. La necesitaba más cerca.

Ella soltó un suave gemido, haciendo un gran esfuerzo por hablar

—No debiste marcharte sin mí —musitó, mientras yo intentaba controlar mi ansiedad.

Intenté dominar mis impulsos. Tenía tantas ganas de tocarme como yo a ella. Avanzó un paso.

—¿Qué quieres hacer ahora? —preguntó ella, tirando de mi corbata con suavidad y arrastrándome aún más hacia ella.

* * * *

Retiré su camisa acariciando sus hombros desnudos, esperando su respuesta. Alessandro apretó mi cintura y quiso librarse del vestido que yo llevaba, pero se detuvo en seco. Gemí cuando me percaté de la ausencia de su tacto y besó la punta de mi nariz.

—Haremos lo que sea que desees —musitó excitado, rozando mis labios con su lengua.

—Ya deberías saberlo —imité su gesto, aferrándome a su cintura.

Recorrí su musculosa espalda con mis uñas y volví a descender.

Alessandro gruñó en respuesta y me levantó del suelo con una increíble fuerza. Me abracé a su cintura con mis piernas y seguimos el camino entre beso y beso hasta su habitación.

Y allí me tumbó en la cama y nos miramos un par de segundos conteniendo la respiración. A él parecía divertirse aquella pequeña tensión entre ambos.

Enseguida, Alessandro retiró el broche de su cinturón y se incorporó sentándose sobre sus rodillas. Miró mis tobillos y comenzó a acariciarlos, subiendo muy lento. Dibujó mis rodillas, pero se detuvo al llegar a mis muslos. Cogió mis piernas y las abrió antes de echarse sobre mí.

Deslizó sus labios por mi cuello rozando la piel con su lengua. A esas alturas, ya estaba demasiado descontrolada.

Continuó bajando hasta que llegó a mi vientre. Acaricié su cabello y me removí bajo su cuerpo antes de impulsarme hacia él. Lo besé mientras él me sentaba sobre su regazo y se agarraba a mi cintura.

Le empujé por encima de sus hombros para tumbarme sobre él. Y Alessandro sonrió al verme sobre él. Cogió mis caderas incitándome, con una sonrisa juguetona en su rostro.

Podía sentir la base de su miembro presionar sobre mi clítoris lo que provoqué que se me escapara un ligero gemido. Me acerqué a su oreja y le mordisqueé el lóbulo, provocándole un suspiro entrecortado.

Fui plantando pequeños besos en su pecho, mientras trazaba círculos con el dedo sobre su vientre. Él removía su gruesa erección debajo de mí, hasta que fue insoportable para ambos seguir con ello.

Alessandro me tumbó sobre las finas sabanas de tela, para tomar el control y lo que sucedió después no fue sino una serie de embestidas celestiales, en las que me sentía poseída.

Por primera vez en mi vida en una situación parecida, sentía una extraña opresión en el pecho que no sabía describir; era agónica y desesperante, pero al mismo tiempo, agradable y plácida.

Nunca antes pensé que mi cuerpo fuera capaz de responder aquella manera.

* * * *

Le hice el amor suave y delicadamente, sintiendo cada caricia como nunca antes lo había hecho.

Estaba enamorado de Victoria y solo escucharla jadear mientras se aferraba a mi cuerpo desnudo me hizo comprender que no había otra cosa que deseara más en el mundo. Deseaba hacerle el amor cada mañana y cada noche que restaba de mi vida.

Dejamos que el silencio fluyera para notar solo el contacto de nuestros cuerpos desnudos.

Había sido fabuloso sentir a Victoria de aquella manera; su respiración agitada en mi oído, sus labios besando cada esquina de mi cuerpo, su cuerpo contra el mío... Le deseaba más que a nada y a nadie en el mundo, y supe que necesitaba sentir aquello cada noche de mi vida.

Solo nos acompañaba los brillos de sol que se colaban a través de las persianas y el ruido de las hojas golpear por el viento. Suficiente. No quería otra cosa.

Me hubiera gustado quedarme allí para siempre, con Victoria aferrada a mi pecho, en contacto con su cálida piel, y dejando que los minutos pasaran sin más. Sin complicaciones. Solo ella y yo.

* * * *

—Dios, Victoria. Con tu cuerpo encima, es imposible ser fuerte —manifestó sonriente. Decidí apartarme y dejarle algo de espacio para que se recuperara—. Pero eso no significa que te alejes —dijo antes de jalarme de nuevo hacia él.

Busqué su mirada. Había oscuridad, pero pude notar ese increíble resplandor que emanaban sus ojos verdosos y me maravillaba. Alessandro inclinó la cabeza hacia mí y me contempló frunciendo el ceño.

Alessandro suspiró y pude sentir cómo el ritmo de su corazón se aceleraba. Segundos después, asomó su voz de forma débil y tímida.

—Cásate conmigo —musitó incorporando la cabeza para mirarme—. Vayámonos lejos y casémonos. Comencemos de nuevo.

Me quedé paralizada, sin respiración. ¡Me estaba pidiendo que me casara con él! No, en realidad, no había sido una pregunta.

Aquello era mucho más de lo que me esperaba. Esa misma noche apenas y habíamos logrado convivir.

—Aún hay mucho a lo que acostumbrarme. ¿Y qué hay de mi familia? — me obligué a mencionar, aunque no era realmente lo que quería decir.

Supongo que a Alessandro no le importó, porque sonrió débilmente y se aferró aún más a mí.

—No me importa esperar. Merece la pena si después te conviertes en mi esposa. Y no planeo seguirte manteniendo aquí, pero te amo y estoy loco por casarme contigo —terminó susurrando insinuantemente, como casi siempre hacía—. ¿Qué me dices?

Ahora ya no parecía tan inseguro y yo, al fin, pude controlar mis nervios.

—¿Me amas? —pregunté temerosa, algo amedrentada.

—Como un loco —dijo él riendo y plantando un beso en mi frente—. Dime que tú me quieres a mí.

Lo observé con seriedad y cogí aire.

—Te... quiero... —sonó entrecortado, y eso fue lo que más le emocionó.

Me abrazó con tanta fuerza que pensé que nada sería capaz de separarnos. Y me miró de una forma tan intensa que me traspasó.

—No dejes nunca de hacerlo —susurró entre mi hombro y mi cuello—. Me muero de ganas de decir que eres mía, Victoria.

Soy suya...

Sentí unos pasos y me giré. Para encontrarme con Elena, quien apareció en la penumbra de la puerta de la habitación de Alessandro.

La sorpresa invadió su rostro al verme y miró enfurecida a Alessandro.

Me recogí el cabello detrás de la oreja y miré a mi alrededor pensando en cómo salir de allí, pero apenas alcancé a tapar mi cuerpo con las sabanas avergonzada.

Se acercó unos pasos.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, casi susurrando.

—¿Qué haces tú aquí, Elena? —preguntó por lo alto Alessandro.

Ella solo sonrió débilmente, como queriendo mofarse, pero no lo logró y yo no supe interpretar aquel gesto.

—Quería... antes... —no sabía cómo hablarme—. Quería ver como estabas, Victoria.

Pensé que Alessandro me soltaría o que se alejaría de mí, pero ocurrió todo lo contrario. Se apretó aún más, dejándome sentir el calor que emanaba su cuerpo.

—¡Aléjate de ella! —gritó Elena, provocando que me separara de él.

Descubrí a Elena enfurecida y llena de cólera. Retaba a Alessandro con la mirada, pero este ni siquiera se movió.

—¿Qué te ha obligado a hacer Alessandro? —me preguntó ella, penetrándome con la mirada.

Simplemente alcancé a negar con la cabeza, aterrada de lo que esta mujer podría ser capaz de hacer.

Aún tenía vivo el recuerdo de ella apuntándole a Alessandro con un arma. Nunca antes había sentido tanto terror en mi vida.

—Alessandro y yo... nada de esto... —tartamudeé cabizbaja. No conseguí las palabras para explicarle lo que sucedía.

* * * *

Al minuto siguiente me encontraba apuntado por Elena, pero ella se giró y apuntó hacia Victoria sin saber que ella estaría en la trayectoria de su revólver.

El brillo que habitaba en su mirada antes de que estallara todo aquel desastre desapareció de golpe.

Victoria gimió aterrada y yo empalidecí, sintiendo que el aire comenzaba a faltar en mis pulmones.

Nunca me había importado morir, pero Victoria merecía vivir todo lo bueno que esta vida estaba dispuesta a darle.

No quería ese destino para ella.

Fue inevitable especular. Pensé en cómo habría sido todo si yo hubiera sido un tipo normal; de esos que te recogen para ir a cenar o al cine, que te regalan flores en día San Valentín o que te sorprende con un mensaje de amor.

Le hubiera pedido una cita y habríamos paseado de la mano sin miedo a que mi maldita hermana le apuntara con una pistola. Nuestro primer beso habría sido en la puerta de su casa, al despedirnos, y no como en verdad ocurrió.

Victoria jamás habría conocido el peligro con alguien así, y yo no me sentiría tan culpable por haber arriesgado su vida. Fue mi deseo y amor por ella el que nos había llevado hasta ese momento.

Miré a Elena y entrecerré los ojos, intentando analizar los suyos. Pero no me lo permitió porque me esquivó irritada. Cogió aire entrecortadamente y apretó los dientes tensando los brazos.

—Suéltalo —le demandó a Victoria.

— Pero... yo le quiero —respondió Victoria con los ojos acuosos, a punto de estallar en llanto.

—¡No es cierto! —gritó Elena, con los mismos ojos llorosos—. ¿Cómo podrías querer a alguien que te ha hecho algo semejante?

—No lo sé... solo pasó —dijo Victoria, apretándose contra mi cuerpo.

Oscuridad y silencio. Como si de algún modo Elena no estuviera de acuerdo con lo que acababa de oír.

—Lo siento, cariño, pero eso es algo que ni siquiera tú puedes evitar.

Elena divagó su mirada de Victoria hacia mí un par de veces, sin dejar de apuntarle. Y poniéndome cada vez más nervioso. Sabía que sería capaz de dispararle de quererlo, porque Elena se sentía culpable y responsable de su desaparición.

—Elena... —comencé a hablarle—. Si lo que deseabas era escuchar que Victoria está a salvo. Pues ahí lo tienes. Ahora, baja el arma y deja de apuntarle.

—¿Estás segura que estás bien? —preguntó Elena.

Victoria asintió temblorosa, lo que causó que Elena sonriera débilmente, hasta que al final bajó el arma.

Por fin tuve oportunidad de respirar y resoplé mirando a mi hermana como si fuese una desconocida.

En ese instante, Victoria entrelazó sus dedos con los míos mientras se apretaba contra mi hombro. Percibí su respiración agitada. Jamás permitiría que le ocurriera algo si estaba conmigo.

Elena no había encontrado lo que buscaba, porque debía de ser lo que yo tenía en las manos. Me aferré con fuerza a la mano de Victoria apretando la mandíbula y Elena se acercó lentamente hasta a la orilla de la cama observando con detenimiento nuestras manos.

Noté que tenía las pupilas dilatadas cuando por fin me miró. Trataba de comprender qué había hecho yo con Victoria, pero no lo lograba.

Cerró los ojos y suspiró. Si decidía odiarme, estaba en todo su derecho.

Le había mentido y no era una mentira pequeña. Se trataba de una locura que podría haberme costado mi carrera e incluso mi vida, pero ese era yo. Un loco de carretera enamorado hasta las venas de esta pequeña.

Mi hermana sabía que nunca obtendría una disculpa por mi parte, pero...

Al poco tiempo comenzase a platicar amena con Victoria, con una sutileza que poco había visto en mi hermana.

Sé que solo se aseguraba de que en verdad estuviese bien, dudando de su propio hermano; pero me satisfacía verlas unidas.

Victoria respondía con cariño a todas las preguntas incesantes de Elena y entendí como era tan sencillo amarla, tan sencillo anhelar su belleza.

Y ahora, por fin era mía.

* * * *

—¿Sucede algo, Victoria? —preguntó él, mientras escarbaba entre unos papeles de su escritorio.

Mi padre había reaccionado mal a un medicamento y deseaba verlo, pudiendo ser la última vez que lo haría.

Era la primera vez que le pediría a Alessandro salir de casa sin él después de nuestra boda. Pero mi padre era lo único auténtico que tenía y no deseaba abandonarlo.

Hubiera deseado poder haber dicho toda la historia, pero en cuanto abrí la boca para hablar, solo rompí a llorar.

Entre sollozos débiles traté de explicar toda lo que sucedía con mi padre, pero Alessandro no me dejó siquiera terminar. En poco tiempo se mostró compasivo y amable.

A juzgar por su expresión sé que no sabía muy bien qué hacer en aquella situación. Fue algo embarazoso para ambos. Me había visto muy triste y apenada. Y eso me inquietaba, pero me ofreció todo el tiempo que necesitase.

Sin mucho tiempo para reflexionar sobre ello, tomé el siguiente tren hasta Madrid, con un nudo de nervios en el estómago.

No sabía con qué me iba a encontrar, pero si sabía que después de mucho tiempo vería de nuevo a mis padres.

Llegué sin avisar nada a nadie, pedí a un taxi que me llevase directamente

hasta el hospital sin ocasión siquiera de dejar mis maletas.

Siendo el primer rostro que vi al entrar el de mi madre, conversando con una enfermera.

Estaba muy diferente. Su rostro lucía cansado y tenía unas largas ojeras adornando sus mejillas. Definitivamente los años no pasaban en vano. Hacía mucho tiempo que debí haber vuelto.

Cuando levantó la vista hacia mí, sus ojos se llenaron de inmediato de lágrimas y me abrazó muy fuerte. La estrujé mucho más fuerte contra mí, como si fuera posible recuperar todo el tiempo perdido. Ella sabía cuán arrepentida estaba, sin necesidad de palabras.

—¡Creí que no vendrías! —dijo una voz, detrás de nosotras.

De repente, pensé en mi hermanita y eso me rompió el corazón —Alicia.

Ya no era mi hermanita, había crecido. Se había estirado unos cuantos centímetros, así que casi me sobrepasaba en altura y su voz ya no era tan aguda.

Se unió a nosotras en el abrazo y no pude contener el descenso inevitable de mis lágrimas.

Cuando había recuperado un poco el aliento, aparté las lágrimas de las mejillas de Ali y ella imitó el gesto conmigo. Me aclaré la garganta un par de veces, hasta que por fin pude hablar.

—Y bien... ¿cómo está papá? —me limité a preguntar.

—Por eso que te pedí que vinieras —replicó mi madre en un tono sombrío.

—Quiero verlo.

Mi madre asintió y me condujo hasta su habitación. El frío que albergaba los interminables pasillos era casi enfermizo, parecía que incluso llegaba a helarte los huesos.

Y allí, al final del pasillo, estaba él. Moribundo e inerte, solo me confiné a besarle en la frente y a decirle cuanto lo amaba, y cuanto lo extrañaba.

—Papá... no sabes cuánto lo siento. Debí haber estado aquí hace tanto tiempo —dije arrepentida—. Estaba desesperada por llegar y abrazarte.

Sabía que él podría escucharme, sabía que él podría entenderme y perdonarme, mientras yo jamás podría.

Me quedé dormida a su lado, con la misma ropa que llevaba puesta desde las siete de la mañana, congelándome del frío.

Y esa misma madrugada, a las cuatro de la mañana mi padre falleció.

Se había ido sin lograr darle un último beso, un último abrazo.

Mientras todos lloraban o se lamentaban y se abrazaban, yo permanecí tesa al lado del cuerpo de mi padre, sintiendo un enorme vacío en el pecho.

El día de su funeral fue el día más triste de la historia, gris y lluvioso.

No podía creer que ya nunca más tendría los viejos consejos de mi padre para cuando no supiese sobre algo, o su dulce mirada conmigo. Mirada que no disfruté tanto como debí.

Sentí una mano reconfortarme frotándome el hombro y fue entonces cuando levanté la vista, para encontrarme con el rostro inescrutable de Alessandro. Se acercó a mí y me recibió en un abrazo; y por primera vez en mucho tiempo sentí que no estaba sola en este mundo.

NOTA DEL AUTOR

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarás a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso

(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. *“Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”*, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me

sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano

libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de

tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae

bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se

va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario
— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.